



JERUSALEN.—El Lugar del Llanto. (Pág. 392).

BULGARIA.

Carta del Rdo. A. Bonetti, misionero de Salónica.

EGNÓRASE en qué época precisa los europeos empezaron, después de las Cruzadas, á establecerse en Salónica, pero créese que negociaban en ella hacia ya mucho tiempo cuando la cesion de esta ciudad á la república de Venecia.

En 1423 los Capuchinos desempeñaban el oficio de capellanes de un consulado, y al mismo tiempo el de párrocos.

En 1706 los Padres Jesuitas reemplazaron á los Capuchinos, y en 1773, al suprimir el papa Clemente XIV la Compañía de Jesús, los sacerdotes de la Mision de san Vicente fueron llamados á reemplazar á los Jesuitas en todas las Misiones de Levante...

Cuando fuí destinado á Salónica en 1859, me empleé en la escuela, que hasta hoy ha podido responder á las exigencias y necesidades del país, imponiéndose la Mision penosos sacrificios, á causa de las múltiples asignaturas que nos vemos obligados á enseñar.

Por espacio de cien años los misioneros han cumplido su deber en Salónica, asistiendo espiritualmente á los católicos por medio de la parroquia, y propagando la ciencia y la Religion por medio de la escuela.

En 1858 se habló mucho en Europa de un movimiento católico entre los búlgaros de Macedonia. ¿Qué fué de él y en qué se han ocupado desde entonces los misioneros?

A esto respondo que el movimiento búlgaro fué dirigido sin estrépito por la divina Providencia, que en sus obras tiende á eliminar la mano del hombre. Los

misioneros no han cesado un momento de ocuparse de los búlgaros y de imponerse sacrificios superiores á sus fuerzas, para secundar y proteger lo mejor posible la obra providencial que más tarde debia confiárseles.

Dicho movimiento se inició en aquella fecha en Kelker, pueblo distante ocho leguas de Salónica.

La política moscovita ahogó aquel movimiento en su cuna.

Poco después este mismo movimiento hacia el Catolicismo se despertó en los alrededores de Andrinópolis, y en 1863 quedó olvidado á causa de la desaparicion del Ilmo. Sokolski, primer obispo búlgaro que la Rusia confinó á Kelk, donde murió.

En 1867 los búlgaros se convertian en multitud en nuestra Mision de Monastir, y al cabo de dos años los búlgaros unidos volvian al cisma.

Entre los numerosos pueblos que se habian convertido, tan sólo dos permanecieron fieles.

En 1875 despertóse de nuevo el movimiento búlgaro, y esta vez eran muchísimos los pueblos que pedian la union. Aleccionados con lo sucedido, y confiando poco en la sinceridad de las intenciones de un pueblo que repetidas veces habia pasado del cisma á la verdad y de la Iglesia católica al cisma, vacilámos en creer fuesen sinceras sus protestas.

Contentámonos con orar y pedir á Dios con instancia una señal exterior que pudiese tranquilizarnos respecto á un movimiento que se extendia todos los dias cada vez más.

Esta señal superior de la divinidad de la obra de la conversion de los búlgaros tardó poco en mostrarse por

31 Octubre 1883.

las pruebas y persecuciones á que fueron sometidos todos los pueblos convertidos á la verdadera religion.

Asistimos á esta última faz del movimiento búlgaro con una especie de placer, al paso que aliviábamos lo mejor que podíamos y compartíamos las penas de los oprimidos.

Así como la persecucion de los primeros cristianos, á la vez que demostraba la divinidad del Cristianismo, fué la causa de la difusion del Evangelio, del mismo modo la persecucion que los cismáticos suscitaron contra los búlgaros unidos ha sido la causa principal de la difusion de la union en las provincias macedonias.

Esta persecucion dura siete años há con un encarnizamiento igual al de los paganos contra los primeros cristianos, y el número de los pueblos unidos aumenta todos los días. No nos quedaban más que dos pueblos que se habian conservado fieles desde el año 1858, que juntos podian contar unas quinientas almas, y hoy tenemos más de sesenta pueblos unidos, y sesenta y cinco mil católicos próximamente en Macedonia.

Los pueblos más acrisolados por la persecucion son :

1.º El de Kelker, donde veinte jefes de familia han sufrido prision durante más de dos años por la fe católica.

2.º El de Bogdanzi, donde los cismáticos pusieron fuego á la nueva iglesia, construida provisionalmente con tablas. Más de treinta jefes de familia han sufrido la prision más de un año.

3.º El de Jehovo. Aquí tres jefes de familia fueron condenados al destierro y á la confiscacion de sus bienes.

4.º El de Stozacovo, donde á causa de una intriga de los cismáticos fué cerrada injustamente la iglesia católica la víspera del santo día de Pascua. Esta iglesia no ha sido restituida al culto por disposicion de la Autoridad hasta el 16 de agosto de 1882. Durante todo el tiempo que la iglesia estuvo cerrada se celebraron los Oficios bajo un árbol y en medio de un campo, y los católicos recién convertidos asistían á ellos con la cabeza descubierta y á pesar de la intemperie de las estaciones con devocion edificante.

5.º El de Mug. Por tres veces los católicos se construyeron un lugar de oracion, y otras tantas lo redujeron á cenizas los cismáticos. La actual iglesia es su cuarta construccion.

6.º Los pueblos de Dragominzi, Novocelo, Strezovo, Seslovo, Krezovo, Garbochet, Kerzovo, Dazmir, Alescovo, Kuchovo, Smol, Dreven y otros seis han pasado tambien por rudísimas pruebas, y á pesar de todo perseveran aún en la fe católica.

Estos hechos afirman la intervencion divina en favor de los búlgaros convertidos, si se tiene en cuenta especialmente que estas persecuciones se reiteran incesantemente de siete años acá, contra gentes sencillas é ignorantes, que vienen á renunciar al cisma en que nacieron.

Los búlgaros podrian separarse del patriarca cristiano y someterse al exarca búlgaro, en cuyo caso nada tendrian que temer, pues los anarquistas son oficialmente protegidos por la Rusia; pero los búlgaros de Macedonia prefieren hacerse católicos no obstante la perspectiva de la persecucion por el hierro, el fuego y el destierro.

Otro hecho me induce á creer en la intervencion divina en lo que sucede entre los búlgaros. Raro es en el cisma que un sacerdote se tome el trabajo de predicar

la palabra de Dios. La avidez y solicitud con que los búlgaros vienen á oírlo cuando les visitamos, es un motivo de edificacion.

Predicaba cierto día en un pueblo donde el concurso era mayor que de costumbre. Un sujeto que ignoraba la lengua y que se habia mezclado con la multitud vino á decirme, al salir de la iglesia, que estaba sumamente edificado de la atencion con que me escucharon los búlgaros.

—Debía V. tratar un asunto muy interesante, me dijo, para tener pendiente de sus labios, por espacio de tres cuartos de hora, un auditorio tan numeroso.

—El objeto de mi sermon, le contesté, era en efecto importantísimo, pues he explicado la señal de la cruz.

La ignorancia religiosa, aún de las cosas necesarias de necesidad de medio, es general entre los búlgaros.

En la imposibilidad de formar sacerdotes del rito búlgaro más instruidos que los que han nacido y han sido educados en el cisma, nos vemos obligados á servirnos de éstos, aunque debemos instruirlos, porque su ignorancia iguala á la del pueblo.

De ahí la necesidad de inaugurar en Macedonia las dos funciones propias de nuestra vocacion, las Misiones y los seminarios.

El campo es vasto y profundas las raíces que en él ha echado el cisma focio; pero esto en vez de arredrar debe enardecer el celo de los que se sienten llamados á evangelizar é instruir en las verdades de la fe á todo un pueblo que, fatigado de las tinieblas del cisma, pide entrar en la Iglesia de Jesucristo.

Los sacerdotes que tengan la dichosa suerte de estar destinados á la evangelizacion de la Bulgaria deben prepararse á sufrir mucho. Es preciso que el misionero se conforme á la manera de vivir de los búlgaros, que se alimentan muy sobriamente, que duermen en el suelo y que desconocen aún todas esas necesidades ficticias de una civilizacion extremada.

PERSIA.

Carta del Rdo. Jaime Thomas, prefecto apostólico, á los discípulos del seminario menor de Saint-Flour.

Urmiah, 25 de enero de 1883.



QUERIDOS amigos: Llegado al término de mi largo viaje y quedando solo en mi reducido departamento de Urmiah, empecé á medir el espacio inmenso que acababa de recorrer, experimentando singular satisfaccion en el recuerdo de las fatigas, sinsabores y peligros de este camino tan accidentado y penoso para nuestra delicadeza europea. Entonces cruzó mi mente la idea de comunicaros algunas de mis impresiones y de repartir con vosotros para tan lejana expedicion. Os debía yo una palabra de despedida y un testimonio de mi afecto, y en esto parecíame ver un medio de satisfacer mi deuda y quizá tambien de interesaros: por lo mismo no he vacilado un momento en enviaros esta rápida relacion de mis aventuras.

No os ocultaré que tenia como un presentimiento de mi precipitada partida, lejos de vuestras queridas montañas; parecíame siempre que tenia aún que correr mundo, y que la vida de combate empezaria de nuevo para mí en un próximo porvenir. ¿Era esto un deseo de mi corazon ó una advertencia de Dios? Difícil me sería

responder á esto: creo, sin embargo, que la gracia me preparaba en secreto para nuevos sacrificios. Así me puse sin pena á disposicion de mis superiores cuando me propusieron la herencia del Ilmo. Cluzel, este tipo perfecto del celoso misionero, este apóstol tan popular de Persia. Era temeridad por lo menos suceder á semejante héroe, y exponerse á un fracaso: pero ninguna de estas reflexiones me ocurrieron al principio, y si más tarde me acudieron ayudáronme á permanecer en la humildad que conviene.

Se me juntaron dos misioneros y cuatro Hermanas, y el 7 de octubre nos embarcámos en Marsella para Constantinopla. A uno de estos misioneros, el Rdo. Alfonso Domergue, le he confiado la Mision de Teheran, y al otro, el Rdo. Boucays, el seminario de Khosrova. Las Hermanas, tres son francesas y una polaca.

A las cuatro estábamos á bordo del *Donnai*, pero tuvimos que aguardar bastante tiempo que se terminase el cargamento. Al anochecer se iluminó Marsella y las campanas tocaron el *Angelus*: el espectáculo era encantador. Me sentí penetrado de indefinible tristeza, y parecía que me asustaba el porvenir: ¿no iba lejos á empezar por tercera vez nueva vida á la edad de cincuenta años? Contuve luego los movimientos de ternura que me hubieran hecho llorar, y empecé á observar las maniobras: desamarraron el buque y partimos. El mar era magnífico, y prolongámos la velada hasta las once.

En la tarde del 9 llegámos á Nápoles, y proseguimos la marcha despues de una detencion de cuatro horas. Varias veces habia visitado aquella ciudad con sus iglesias, sus palacios y jardines, y así no quise saltar á tierra, y me contenté contemplando á mi placer el magnífico panorama que se ofrecia á mi vista.

El 12 á las diez y media tocámos en el Pireo, y nos dieron cinco horas de tiempo, pues la máquina exigia algunas reparaciones. Nunca habia visto Atenas: así es que me hubiera creido culpable del crimen de lesa antigüedad clásica si no hubiese ido á visitar una ciudad en otro tiempo tan célebre y aún hoy capital del reino de Grecia. Al saltar á tierra subimos en un coche, pues la ciudad dista tres cuartos de hora del puerto. Hubiéramos podido tomar el ferrocarril que marcha cada hora, pero corríamos peligro de retardarnos y no llegar á tiempo al buque.

El camino que conduce á la ciudad célebre es polvoriento y de tristísimo aspecto. Visitámos primero la Acrópolis, á donde subimos en coche: semeja una vasta ciudadela que domina y protege como soberana la ciudad moderna. Aquello no son más que ruinas, pero ruinas intactas y grandiosas, donde se dibujan con perfeccion los soberbios monumentos consignados en la historia, entre otros el Partenon. Nada he visto aún tan imponente, y si hubiese tenido tiempo para dejar hablar aquellos suntuosos restos, me hubieran fácilmente cautivado dias enteros. Al lado de la Acrópolis se encuentra el Areopago ó colina de Marte. Figuréme oír á san Pablo desplegando las magnificencias de nuestra santa religion ante aquel tribunal, el más venerado de la antigüedad. A pocos pasos de allí muéstrase la esplanada donde Demóstenes pronunciaba sus famosas arengas. ¡Qué interesantes recuerdos! ¡qué cuadro! Nos fué preciso subir de nuevo al coche á fin de recorrer rápidamente la ciudad moderna. Todo es allí mezquinamente pretencioso. Así sólo fijamos la atencion en el templo de Teseo, en la puerta de Adriano y en algunas

columnas antiguas que hacen singular contraste con las vulgares construcciones de estos últimos tiempos. Terminada la excursion nos apresurámos á volver al buque.

El 14 á las cinco de la mañana entrámos en el canal de Constantinopla con un retraso de doce horas. Los reglamentos no permiten el desembarco hasta despues de las seis: tenemos, pues, tiempo para pasearnos en el Bósforo. Ofrecióse á mis ojos un punto de vista incomparable, y quedé absorto. Un alto funcionario de la Sublime Puerta me indicó los principales monumentos, y paseé complacido en medio de todas aquellas riquezas de la naturaleza y del arte.

Nuestros compañeros de Constantinopla vinieron pronto á sacarnos de nuestro éxtasis, y al cabo de pocos momentos estábamos en San Benito. Ocupamos aquel puesto de honor desde un siglo acá, y tenemos allí una Mision, un colegio y un seminario menor; pero para tanto trabajo, al que viene á unirse el servicio de ocho establecimientos bajo el cuidado de las Hermanas de la Caridad, nuestros compañeros únicamente son diez y nueve sacerdotes y cuatro Hermanos coadjutores.

Segun mi plan, sólo debia tocar la barra de Constantinopla y dirigirme inmediatamente al mar Negro, y con poco más tengo que pasar allí el invierno. Pueden tomarse dos caminos para ir á Persia: el de Erzerum, en Turquía, y el de Tiflis, en Rusia. El primero es penosísimo al par que muy peligroso. Se parte de Trebizonda en caravana, se atraviesan altos montes y se marcha constantemente á caballo hasta llegar al término del viaje. Pero lo peor es que esta via está ordinariamente infestada por los bandidos kurdos. El segundo es más cómodo; pero ofrece sin embargo la dificultad de que los sacerdotes católicos no pueden servirse de él sino disfrazándose y obteniendo un pasaporte de comerciante ó viajero aficionado. En aquella época del año no podia escoger; me era forzoso renunciar á mi viaje ó pasar por el Cáucaso: mi primer cuidado, pues, fué procurarme vestidos láicos.

Terminados mis preparativos, pedí al cónsul de Francia que hiciese visar nuestros pasaportes por el consulado de Rusia: sacerdotes y Hermanas nos considerámos como viajeros sin profesion. Creí que era cosa hecha, cuando á lo mejor supe que el consulado ruso, sospechando nuestra cualidad, rehusaba firmar los pasaportes, exigiendo una autorizacion emanada del mismo emperador. No tenia esperanza alguna de buen éxito; no obstante quise intentar lo imposible. Dirigí una peticion al señor marqués de Noailles, embajador de Francia, suplicándole que la presentase á la embajada rusa. Todos creian que nada conseguiríamos, y en efecto, transcurrieron ocho dias sin obtener respuesta alguna. Resolví entonces ir á Terapia, donde se hallaba el citado embajador: estuve tres horas de ida y otras tantas de vuelta en un buque costanero. Se me hizo lisonjera acogida, y el señor Marqués me prometió escribir por sí mismo á la embajada rusa: regresé algo esperanzado, y mientras aguardaba la respuesta recorrí la ciudad. Constantinopla está muy mal construida, y vista en detalle, esta opulenta capital de las siete colinas produce triste impresion. Las calles son sucias, mal empedradas y con multitud de perros que en ellas nacen, viven y mueren y hasta se pudren.

Mi primera visita fué á Santa Sofía. Para seguir todos los trámites hubiera debido procurarme una tarjeta de

entrada, hacerla visar en diferentes oficinas, y tomar por guía un *camas* del consulado de Francia: pero tomé el camino más corto, y me presenté ofreciendo una moneda de dos francos. Según costumbre, negativa grosera acompañada de imprecaciones; querían diez francos: yo también, siguiendo la costumbre, partí afectando menosprecio. Poco se tardó en llamarme y me abrieron las puertas. Santa Sofía nada dice en su exterior; es una masa de albañilería que ofusca la vista; pero ¡cuántas bellezas en el interior! ¡Cuándo vendrá el día en que este augusto templo será purificado de sus inmundicias y vuelto á su primer destino! Renuncio á toda descripción. Uno se extravía en medio de aquellos esplendores. ¿Conoceis la leyenda? Cuando Mahometo II, después de la conquista, entró á caballo en la célebre basilica en que los cristianos se estrechaban al pié de los altares, un sacerdote que no había tenido tiempo de terminar el santo sacrificio de la Misa, tomó apresuradamente las sagradas Especies y refugióse en un oscuro recinto, quedando la puerta milagrosamente tapiada, permaneciendo así hasta el día de hoy. En el gran día del triunfo de los cristianos estas piedras, respetadas por los musulmanes, caerán por sí mismas, y el sacerdote, saliendo de su sepulcro, terminará los santos misterios. Ví esta puerta, que se encuentra en las galerías superiores, y apliqué el oído á la pared tratando de oír los gemidos que, según se pretende, atestiguan á veces la presencia de aquel extraño prisionero.

Una palabra acerca los derviches, pues quise procurarme el placer de asistir á su oración, que hacen dando vueltas silenciosamente sobre sí mismos como trompos. Los derviches, como sabeis, son religiosos musulmanes que viven en comunidad. Los de Constantinopla tienen en Pera un magnífico convento en el que los cristianos pueden penetrar para asistir á la oración pública que tiene lugar dos veces á la semana, el martes y el viernes.

Pasa la escena en un verdadero salón de baile octógono, rodeado de galerías y de tribunas para los espectadores. Después de una lectura bastante larga, hecha en el Corán, los religiosos, hasta entonces agachados junto á las paredes de la galería inferior, se levantan á una señal dada por el jefe, se ponen uno detrás de otro, y dan tres veces la vuelta al salón con mucha prosopopeya; luego sueltan su largo traje, ceñido hasta la cintura, y empiezan á girar con mucha rapidez sobre sí mismos, y muy lentamente al rededor de la sala. Olvidaba deciros que tienen los brazos extendidos horizontalmente y vuelven la cabeza hácia atrás. Por dos veces han girado así durante veinte minutos sin detenerse, dando dos vueltas cada tres segundos. ¡Cómo debe reír el diablo en sus adentros, y qué motivo de confusión para nosotros, cobardes cristianos! Entre aquellos derviches había un niño de diez á once años, y no era el menos intrépido y menos gracioso.

El día de Todos los Santos estábamos aún en Constantinopla, desesperando de poder continuar nuestro camino. ¿Para qué obstinarnos contra obstáculos insuperables? Lo mejor era buscar un abrigo para pasar allí el invierno. Estábamos ya casi resignados cuando el día 5, á las siete de la noche, recibimos del santo Sínodo de San Petersburgo autorización para atravesar el Cáucaso sin mudar de vestido. ¡Qué buena noticia! Al momento disponemos pasar á Poti en un buque ruso, y el 7 por la mañana dejamos el Bósforo para entrar en las aguas del mar Negro. Se nos hizo considerable des-

cuento, y sólo tuvimos que pagar 714 francos por siete personas y veinte y cinco paquetes. El mar Negro tiene su reputación *ab antiquo*; así es que no sin emoción nos abandonamos á sus caprichosas tempestades. Sin embargo, ¿lo creeréis? Quiso burlarse de nuestros terrores y dejar mentirosos á todos los profetas de desdichas, pues estuvo en calma en los cinco días de nuestra travesía. La comida á bordo fué bien servida: el desayuno es lo único que no fué de nuestro gusto: los rusos, lo mismo que los persas, no toman más que té, y en las visitas y viajes no saben ofrecer más que té.

Siete veces tuvimos que hacer escala en las costas de Turquía y Rusia, lo que entretuvo nuestro viaje, pues bastan cinco días para franquear la distancia. Desde la embarcación contemplamos la antigua Sinope, patria de Diógenes y Mitridates. La ciudad es aún importantísima; conserva casi intacto el cerco de sus fortificaciones, y la sombría masa de su palacio real está allí todavía, para dar fe de su glorioso pasado. Los otros puntos no merecen mención especial: diré solamente que enviaban enormes cargamentos de nueces, manzanas y avellanas.

El 10 á medio día llegamos á Trebizonda, de donde no debíamos partir hasta las seis. Nos dispusimos á bajar á tierra; pero la policía turca perdió la cabeza viendo abordar aquella barca llena de *franghis*, y nos detuvo á cierta distancia, pidiéndonos los pasaportes. Presenté con confianza cuatro documentos, uno para cada uno de los tres sacerdotes, y el cuarto común á las cuatro Hermanas. Por desdicha aquellos hombres no sabían leer las lenguas europeas, y contando los pliegos, me hicieron señal de que faltaban tres. Quise parlamentar, pero trabajo inútil: multitud de ganapanes agrupados en la orilla aullaban como fieras, y á cada tentativa de pasar adelante rechazaban la barca. Entonces hice como que me encolerizaba, y con el gesto amenacé con un bombardeo por los buques de mi país. Luego examinaron los misteriosos papeles, y me hicieron comprender que esta vez habían sabido leer. Mustafá, nuestro barquero, que husmeaba una buena propina, había movido un tumulto de todos los diablos, y quizá contribuyó á nuestra libertad.

Trebizonda es un centro de comercio. Esta ciudad, cuya situación es excelente, abre el camino á las caravanas que llevan al Kurdistan y á Persia los productos europeos; sirve también de depósito para la exportación de tapices, sederías y pieles. Encontramos en Trebizonda un cónsul de Francia, que nos hizo benévola acogida, un correo servido por las Mensajerías marítimas, un convento de Hermanas francesas de san José, y una iglesia latina servida por Padres capuchinos italianos. Desde la expulsión de los Padres jesuitas de Francia, éstos ocupan cuatro residencias en el interior y trabajan en la conversión de los armenios.

El día siguiente, 11 de noviembre, á las seis de la mañana llegamos á Batum, pequeña ciudad rusa que está llamada á representar un gran papel, pues está para terminarse el ferrocarril que la une á Tiflis y ya no se tocará en Poti. Este puerto es impracticable: una barra sin cesar renaciente hace su entrada imposible para los buques; no se puede penetrar en él sino por medio de barcos planos, y tomando toda clase de precauciones. Íbamos á dejar el *Vladimir* para ser trasbordados en una especie de remolcador, que en cuatro horas debía conducirnos al término de nuestra navegación. Pero no

sé por qué contratiempo no estaba en el puerto, y tuvo que telegrafarse para hacerle venir desde Poti. Entre tanto vino á bordo un funcionario ruso, y encarándose conmigo, me dijo con voz cavernosa:

—¡Pasaportes!

Se los entregué, pero insistiendo para que me fuesen prontamente devueltos.

—¡A Poti! me contestó entre dientes, y volviómelo las espaldas.

A las seis llegaron soldados para guardar las salidas, y procedióse al trasbordo. La operacion fué muy poco galante, y no digo más: secuestraron todos nuestros efectos, y nuestras personas una á una fueron objeto de largas y enojosas preguntas, á fin de asegurar su identidad. No se penetra fácilmente en Rusia: sabedlo para el caso en que vuestras excursiones os llevasen á alguno de estos parajes. Cumplidas las formalidades bajámos á un vasto salon que había de servirnos de dormitorio hasta la mañana. Éramos unos ciento cincuenta pasajeros rusos, turcos y persas. Cada uno se acomodó como pudo, y yo pude tenderme tan largo como era en un canapé.

A las cuatro de la mañana me pareció que partíamos, bajo una lluvia torrencial y con terrible balanceo de la embarcacion: al cabo de una hora sucede la calma y cesa la marcha. Evidentemente hemos llegado. ¡Cruel decepcion! El mal estado del mar habia obligado á volver al puerto para aguardar la marea del día siguiente.

Por fin el 13 á las ocho de la mañana nos fué permitido salir de nuestra prision: estábamos en Poti, ciudad pequeña, húmeda y malsana, cuyos habitantes, casi todos enfermizos, sólo viven allí por intereses comerciales. Merced á la intervencion de nuestro cónsul, sujeto muy influyente en el país, nuestro equipaje sólo fué ligeramente registrado. Mas esto era una excepcion en la que os prevengo no conteis, pues en materia de aduana los rusos son intratables: á fin de favorecer la industria nacional hacen imposible la importacion.

Pasámos la noche en la fonda *Colchide*, y al día siguiente fuímos á la estacion: nos faltaban doce horas de ferrocarril para llegar á Tiflis: el viaje en las líneas rusas es sumamente cómodo: los coches comunican entre sí, y en todos hay un retrete. Ocioso es deciros que nuestra presencia causó sensacion; que todos nos obsequiaban á porfía, y á cada momento recibimos atentas visitas. Durante tres ó cuatro horas cruzámos un país llano, monótono y pantanoso: las casas, construidas y cubiertas de madera, están levantadas sobre estacas: los hombres llevan una especie de capa de piel de carnero; el cultivo ordinario es el maíz. Luego empezámos á subir el Cáucaso, completamente desierto, aunque sumamente fértil y rico en minas de toda especie. En un momento dado la subida era tan rápida, que se puso una segunda locomotora á la cola del tren. ¡Qué espectáculo tan grandioso y terrorífico! las dos locomotoras silbaban con estruendo y escupian abrasadas humaredas que se perdían á lo lejos: consulté el barómetro: estábamos á 80 metros de altura, y el termómetro marcaba 12 grados sobre cero. Entonces empezámos á bajar, y á las nueve estábamos en Tiflis.

Tiflis es una ciudad grande y hermosa que no desmerecería en Europa. Admírase en ella justamente el palacio del gran duque, los edificios públicos, entre otros el seminario ruso, todos de severo y majestuoso estilo, las iglesias con sus elegantes cúpulas, los ricos aparta-

dores de los almacenes, los paseos, donde la música militar da brillantes conciertos, las calles, bien dispuestas y limpias, etc., etc. Durante nuestros tres días de parada los sacerdotes pudimos celebrar la santa Misa y las Hermanas recibir la sagrada Comunión, pues hay allí dos iglesias católicas, una de las cuales fué servida por los Padres capuchinos italianos hasta el año 1846, época en que se les expulsó por no haber querido ser rusos.

Iba á tomar una decision para continuar nuestro viaje, pues tres de nosotros se dirigian á Teheran, y los otros á Khosrova, cerca de Diliman, dos puntos distantes más de veinte jornadas. A primera vista parecia que importaba á los de Teheran tomar el ferrocarril hasta Bacu, junto al mar Caspio, y luego ir en buque hasta Recht, desde donde llegarían á Teheran en diez días á caballo. Por nuestra parte nos proponíamos viajar en furgon hasta la frontera, al pié del monte Ararat. Resolvimos consultar á nuestro cónsul, que volvía de Persia, y lo hice con tanto mayor motivo cuanto le conocí perfectamente en Alejandría. Nos demostró las grandes dificultades en el viaje por el mar Caspio, pues el ferrocarril estaba aún en estado de ensayo, y era probable una detencion de muchos días en Bacu ó Recht. Nos aconsejó que tomásemos coches del correo para nosotros y nuestros equipajes; pero el estado de nuestra bolsa no lo permitió y obligónos á contentarnos con un modesto furgon.

¿Cómo pintaros este vehículo? Representaos un carro grande de cuatro ruedas, sin muelles se entiende, cubierto con una tela blanca sostenida por aros y tirado por cuatro caballos. En él tuvimos que colocar nuestros veinte y cinco paquetes y acomodar nueve personas, pues nos acompañaba un doméstico caldeco que sabia algo nuestro idioma, á quien dí cien francos y un fusil de dos tiros para que nos defendiese hasta Khosrova. Iba á empezar para nosotros la vida de privaciones y sufrimientos. Pero ¿qué mérito tenia viajar como lo habíamos hecho hasta entonces? Tras mucho regateo contratámos aquel vehículo de bohemios en 375 francos (150 rublos), que debíamos pagar por terceras partes, al partir, á medio camino y al fin del viaje. Teníamos prisa para salir de Tiflis, pues el coste de la fonda nos causaba inquietud: sin embargo, fueron necesarios tres días para terminar todos los preparativos. Ciertamente no es cosa insignificante proveerse de víveres para veinte días y de todo el material indispensable para defenderse de la lluvia é instalarse durante la noche.

El 17 á las tres de la tarde subímos al furgon, y sabe Dios cuánta paciencia y aún ingenio tuvimos que desplegar para colocarnos entre tantos paquetes y amortiguar algo las rudas sacudidas de un vaiven inevitable. A las nueve de la noche nos detuvimos en un parador público, únicas posadas del país. Todos se parecen: un vasto patio cuadrado, cerrado con una pésima empalizada y á veces con una pared de barro, y en uno ó dos lados, y aún en los cuatro, establos, depósitos de grano y heno, algunos departamentos que se alquila á los transeuntes, y una tienda en que se vende leña, té, azúcar, tabaco, etc. Habiendo sido casi iguales las catorce jornadas de furgon, me limitaré á daros el pormenor de una sola.

Por la mañana nuestro doméstico que custodiaba el vehículo venia á despertarnos á las tres, y despues de una breve oracion que completábamos más tarde, íba-

mos en busca de un arroyo para lavarnos: durante veinte y un días no pudimos quitarnos los vestidos ni mudarnos la ropa interior. El frío nos prestó verdadero servicio, pues en cualquiera otra época se hubieran apoderado de nosotros los insectos. Una vez en pie, las Hermanas se ocupaban de la cocina y los sacerdotes componían el menaje. Arrollábamos las mantas, que nos habían servido de colchón y almohada, hacíamos fuego, y según el caso preparábamos el té, el café ó un potaje. Lavada la vajilla y transportados al furgón todos los utensilios, ocupábamos nuestro lugar en el vehículo y volvía á empezar el vaiven y el mareo. A las once celebrábamos consejo para la comida de la tarde, la única un poco seria. A las cuatro llegábamos á la estación donde habíamos de pasar la noche. Con harta frecuencia la encontrábamos invadida por gente grosera, y nuestro doméstico tenía que parlamentar largo tiempo para encontrarnos un aposento, y ¡qué aposento! El suelo era de tierra, las ventanas agujeros cerrados por una reja, sin una silla ni una mesa, y en un rincón una cosa á que daban el nombre de chimenea. Muchas veces carecimos de este triste recinto, y tuvimos que saltar en el furgón ó refugiarnos en el pajar. Así que teníamos un lugar cualquiera para recogernos, las Hermanas preparaban la cena y los sacerdotes rezábamos el breviario. El cubierto estaba puesto *in plano*, y los hambrientos convidados, sentados á la turca, olvidaban muy pronto las comodidades de las mesas europeas. De nuevo se ponía todo en orden, y se extendían los abrigos para acostarse.

En Iemenikayassi, después de largas investigaciones, encontramos al fin un aposentito para las Hermanas, aunque apestado por un fuerte hedor de pescado podrido, pero nada para nosotros. No pudiendo resolverme á acostarme sobre el equipaje del furgón, supliqué á uno de mis compañeros que fuese á buscarme una yacija.

—Voy á complacerle, me dijo al instante. ¡Venga V.!

Y me condujo á un establo. Ocupábanlo dos jumentos atados á un largo pesebre, de la longitud precisa para dos hombres. La necesidad de descanso me hizo egoísta y cruel: desaté los dos jumentos, que se obstinaban en terminar su festín de paja de avena machacada, los planté inexorablemente á la puerta, y con nuestras mantas hicimos dos camas en el pesebre, que felizmente era bastante ancho. Una vez acostados mi compañero apagó la luz, y procuramos dormir en paz. Yo debía tener fiebre, pues mi cabeza estaba calenturienta: parecíame que se acercaban ladrones para desbaliarme, veía como sombras circular por el establo, y aún oía pasos ahogados. «¡Imaginaciones febriles! dije para mí; cerremos los ojos y durmamos.» Iba en efecto á dormir, cuando sentí en mi rostro un aliento cálido y fétido, y aún no había tenido tiempo de hacer un movimiento, hé aquí que me arrancaron violentamente el cobertor. Creí que todo había concluido para mí, y que estaba ya en alto el puñal para herirme; lancé un grito desesperado y di un vigoroso golpe con el puño, que no encontró más que el vacío.

—¿Qué tiene V.? exclamó mi vecino.

Estaba yo jadeante y no pude hablar: articulé sin embargo la palabra candela. A la luz de ésta que encendió mi compañero, nada vimos, y empezaba á creer que había sido víctima de una pesadilla, cuando distinguí en la puerta una cabeza grande, de mirada enfure-

cida; era una cabeza de asno. La pobre bestia tenía hambre: ya adivinaréis lo demás. Eran las dos de la mañana: á pesar de todas mis precauciones perdí también aquella noche.

La Georgia, que entonces atravesábamos, no es un bello país: los pueblos son allí muy raros, y las montañas generalmente desarboladas. Acá y acullá algunas viñas, un poco de trigo y escuálidos rebaños, hé aquí á qué se reducía todo. Una cosa curiosa es un vasto lago de agua dulce en una grande elevación, al que llaman Goktcha. En el centro hay una isla con una iglesia y una especie de convento, que sirve de prisión á los sacerdotes armenios cismáticos que no son juiciosos. Apenas se encuentra madera en aquellas comarcas, y no tienen otro combustible que boñiga seca, de las que hay inmensos montones junto á las casas.

El 24 por la mañana llegamos á Erivan, el baluarte de los armenios cismáticos. La ciudad cuenta treinta mil habitantes; tiene hermosos barrios, un paseo público, una ciudadela y un antiguo parador: en ella encontramos carne fresca, huevos, uvas muy buenas y sobre todo pan europeo. Allí el pan común, como en toda la Persia, es pasta extendida en vasta y delgada galleta, que hacen cocer apenas.

En los alrededores de Erivan vimos surgir la cima del Ararat. Durante seis días pudimos contemplar aquel célebre gigante que levanta su cabeza á 5,350 metros. Los armenios dicen muy seriamente que el arca de Noé está aún intacta en el sitio en que encalló después del diluvio. Nadie ha podido contradecirles, pues las cumbres del Ararat hasta ahora han sido, y probablemente serán por mucho tiempo inexploradas (1). La primera zona de la montaña está cubierta de ricos pastos; la segunda es ya infranqueable, pues está poblada por las fieras, y la tercera sólo ofrece á la vista un blanco manto de nieve. En uno de sus flancos se levanta más modestamente el Ararat menor.

El 27, á la una de la tarde, llegamos á Zeiva, pueblo pequeño á una jornada del Aras: allí debíamos dejar

(1) Recientemente un periódico ruso: *El Tiempo nuevo*, da cuenta de un importante y ruidoso descubrimiento, que tiene relación con lo que refiere el P. Thomas.

El arca de Noé, de donde salieron, conforme la versión bíblica, nuestros antepasados, existe todavía.

Esta gigantesca construcción se presenta de improviso á nuestros ojos después de tantos siglos de encontrarse sepultada.

«Dos ingenieros turcos enviados por el Gobierno á fin de dar informe sobre las excavaciones existentes en las crestas del monte Gretcher (cuyo nombre actual es Ararat), se encontraron en presencia de una inmensa y profunda excavación, en cuyo fondo aparecía un monstruo de madera de colosales dimensiones.

«Descendieron por la abertura y sondearon su profundidad, haciendo constar en su informe que esta nave ó caja de enormes dimensiones, embutida en los flancos del monte, está formada de tres pisos, que su altura es de 50 pies; que los extremos y las bandadas del arca contruidos con madera *gayac* de Goghor, se hallan en muy buen estado de conservación, y que con un trabajo hábilmente conducido sería posible extraer de su álveo y sin deterioro alguno á esta titánica muestra del arte industrial del primer pueblo.»

Al mismo tiempo se obtendrían preciosas pruebas de los muchos y antiguos cataclismos por que ha pasado nuestro globo.

Los indígenas más ancianos que viven en los alrededores del monte Ararat, afirman que nunca habían visto aquel mastodonte de madera, y que hasta hace cinco ó seis años el monte se hallaba cubierto por las nieves.

Los ingenieros turcos, en presencia de estos datos y de algunos otros informes, han declarado en su *Memoria* que el monstruo de madera era el Arca de Noé.

el furgon y unirnos á una caravana que nos esperaba. En Erivan habíamos encontrado al jefe de esta caravana y concertado el precio hasta Khosrova, primera residencia de nuestra Mision. Disputóse toda una tarde, y despues de romper diez veces por lo menos, decidióse que se nos proporcionarían tantos caballos como necesitásemos, á razon de 7 rublos cada uno, pagados en tres plazos. Nos eran indispensables diez y seis caballos, y por lo tanto tenia que desembolsar 280 francos. Fué una buena fortuna para nosotros, pues con frecuencia se ve uno detenido semanas enteras para la formacion de una caravana.

Viájase así en apretado haz, á fin de hallarse en estado de hacer frente á los bandidos kurdos que infestan la Persia desde el Aras hasta el Tauris y más allá de Urmiah. Todo el pueblo estaba en movimiento: ultimábanse los preparativos para ponerse en camino á media noche. No dejámos de experimentar cierta emocion antes de emprender esta última parte de nuestro viaje, de todas la más peligrosa. Llegó el momento solemne, los bagajes estaban cargados, y no teníamos que hacer sino subir á caballo. ¿Qué digo? Yo bien habia alquilado caballos, pero nos dieron mulos éticos y jumentos deslomados. Para honrarme me destinaron la mejor bestia, que tenia por silla una especie de albarda de madera, muy ancha y honda, y cubierta con una mala tela de embalar. Los estribos no son conocidos de los muleteros de por acá, y tampoco las bridas: encontré el legendario cabestro, bastante largo para hacer el oficio de látigo.

—¿Cómo componérmelas para subir? pregunté á mi doméstico.

—Es muy fácil, doble una rodilla, y voy á levantarle á V., ó bien suba á mis hombros, y le serviré de escabel.

¡Oh Sapor! ¿quién no hubiera pensado en tus humillaciones? Apenas ajustado á la montura, todos mis músculos se contrajeron y creí que iba á ser descuartizado: logré contenerme, sin embargo, y aún procuré alentar á mis compañeros. Con las mantas se hizo á las Hermanas una especie de plataforma en las que se sentaron bastante cómodamente, pero se vieron obligadas á observar exactamente las leyes del equilibrio para no caer. Adopté más tarde este sistema y me fué muy bien. Dióse finalmente la señal de partir: quedámos desde entonces á merced de los caprichos de nuestras cabalgaduras y perdidos en medio de una batahola de la que no podeis formaros idea. Segun la costumbre del país se halla colgado al cuello de mulos y jumentos un collar de campanillas, algunas de las cuales eran verdaderas campanas; lo que ensordecia á más no poder.

El 28, á las nueve de la mañana, llegámos á orillas del Aras; confiábamos pasarlo al anocheecer; pero dificultades de aduana nos retuvieron hasta el día siguiente. El Aras, en aquella época del año, no tiene más de treinta metros de ancho; pero las márgenes planas y cubiertas de limo demuestran bastante que cuando se derriten las nieves, ocupa toda la llanura, que es inmensa. Por lo comun el paso de los rios no ofrece dificultad alguna: siempre hay vados, y no es preciso bajar de la cabalgadura. Pero esta vez tuvimos que entrar en una barca. Era cerca de medio dia cuando pisámos el suelo de la Persia actual: desde entonces estábamos en nuestra casa, pues la jurisdiccion de la Mision se extiende á todo el reino. Gustoso hubiera besado aquella tierra, en otro tiempo regada por la sangre de los már-

tires, y maravillosamente fecundada, cuarenta y tres años há, por los sudores de los misioneros. ¡Cuán pequeño me sentí ante los grandes intereses que me están confiados!

Esta parte de la Persia hasta Urmiah está cubierta de altas y enhiestas montañas, y tan raros son los pueblos, que casi diria están deshabitadas si las incursiones de los kurdos, pueblo de costumbres nómadas, no probasen lo contrario. No existen caminos, mas el frecuente paso de caravanas ha trazado un ancho y profundo sendero que no permite extraviarse. Para ganar tres dias á lo menos resolvimos dirigirnos directamente hácia Khoi, sin tocar en Tauris.

Paso por alto los primeros incidentes de la ruta, y llego al 1.º de diciembre, fecha memorable. Partímos á la una de la madrugada, pues teníamos que hacer larga jornada, y nuestras bestias viajaban mejor de noche que de dia. Habia advertido algo de insólito en los preparativos: se sujetaron mejor los bagajes y prepararon las armas de fuego; pero no hice caso de tales precauciones. Caminábamos en paz largo tiempo hacia, cuando de la cabeza de la columna partieron gritos terroríficos, y en el mismo instante se estrecharon las filas, y fuimos llevados en impetuosa carrera que duró cerca de una hora. Imposible obtener explicacion alguna: estaba yo separado de los míos, y nada comprendia de las indicaciones de los que me rodeaban, sino que habíamos caído en una emboscada. Luego pude saber que habíamos arrollado un puñado de bandidos, y que corríamos de aquel modo para no darles tiempo de que les llegasen refuerzos. Hasta entonces todo iba bien; pero poco tardámos en oír fuertes alaridos: nos interceptaban el paso unos treinta bandoleros. Nuestro doméstico y tres ó cuatro cristianos consiguieron hacer pasar á las Hermanas y mis compañeros: entonces vinieron á buscarme para conducirme al jefe de los ladrones. Hiciéronme pasar por un gran personaje, capaz de causar el exterminio de todos los kurdos si se desatendia mi dignidad. Ignoro el efecto que produjo en aquellos miserables: estaba yo envuelto en mi manta de viaje, y me cubria la cabeza un casquete de piel de nutria. Discutióse largo rato, varias veces se blandieron los palos, y acabóse por no pedirme más que un rublo por nuestro rescate. Pude entonces unirme con mis compañeros y Hermanas, que me aguardaban á un cuarto de hora escaso. El resto de la caravana fué muy maltratada: despojaron de los vestidos á los que nada tenían ni podian dar y les molieron á golpes. Más de sesenta de los nuestros estaban perfectamente armados; pero un choque serio hubiera atraído millares de aquellos ladrones. Hicimos la observacion de que en el momento del peligro nada se ve ni se comprende: si se tiene miedo, es antes ó despues.

El 2 de diciembre por la noche llegámos rendidos de fatiga á Khoi, que sólo dista una jornada de Khosrova. Es una plaza fuerte, llave de la frontera, de aspecto bastante imponente. El gobernador, sujeto importante en el país, estaba preso en el momento de nuestra llegada. Acababa de darse muerte y desbalijarse al correo persa en el camino que íbamos á seguir, y se le hacia responsable hasta del descubrimiento de los culpables. La caravana se desbandó; con lo que quedaba, sin embargo, podíamos llegar á Khosrova el día siguiente, pero preferimos avisar á nuestros compañeros y aguardar sus instrucciones. El 4 de diciembre, antes de me-

dio día, vimos llegar al intrépido Rdo. Plagnard, decano de nuestros misioneros: nos llevaba algunas provisiones y me conducía un magnífico caballo. Decidióse que en la mañana del 5 proseguiríamos nuestro viaje.

Khosrova, en el distrito de Salmas, es un pueblo caldeo compuesto de 2,000 católicos, y en él reside hace muchos años el arzobispo de Salmas, quien nos honra con la más completa confianza. Tenemos allí una casa muy importante, cuna de nuestra Mision. El pueblo me hizo una entusiasta acogida. A media noche del 5 el ugiar recorrió las calles del pueblo, reuniendo en la iglesia un centenar de hombres que debían salir á mi encuentro y servirme de escolta en las montañas. A las dos oyeron la santa Misa, y partieron gozosos, armados todos con su fusil. Los más intrépidos hicieron seis horas de marcha, y apostáronse en la cresta de un peñasco para aguardarnos. A las once nos percibimos mutuamente, y una brillante salva de artillería nos felicitó por la llegada. En breve se estrechaban todos en torno mio, y me decían en su lenguaje poético las cosas más amables, y me besaban la mano, la rodilla y el pie. Al medio día encontramos al alcalde del pueblo, los barbas blancas, los sacerdotes y nuestros compañeros, y hubo nuevos discursos y nuevas demostraciones de respeto. Estábamos junto á un arroyo; era hora de descansar un poco y de tomar alimento. Teníamos pan y agua fresca para todos, y huevos y aguardiente para los privilegiados. A las seis nos acercamos al pueblo: los niños cantaban; los fusiles y pistolas multiplicaban sus estrepitosas detonaciones, tocaban las campanas, y las mujeres paseaban centenares de luces: parecíame transportado á un mundo nuevo. Por fin á las siete llegué á nuestra casa: el superior y los seminaristas que viven bajo nuestro techo me condujeron á la capilla y me introdujeron en el departamento que me estaba destinado.

El 11 de diciembre el Rdo. Domergue y dos Hermanas partieron para Teheran, pasando por Tauris; el primero á caballo, y las segundas en un palanquin llevado por dos mulos, y llegaron el 5 de enero.

Pasé seis días en Khosrova: tenía que recibir noticias acerca el estado de nuestra Mision, y complacíme formándome una justa idea de las obras que nos están confiadas, especialmente del seminario. El 22 por la mañana proseguí la marcha con el Rdo. Bray y dos domésticos. Monté en mi caballo, que á pesar de sus catorce años, no tiene rival en elegancia, vigor y rapidez en la marcha. A las dos llegamos á Guiavilan, pueblo cristiano donde habíamos de pasar la noche. El párroco, los barbas blancas, los jóvenes y los niños salieron á mi encuentro y me felicitaron con una salva de artillería y elocuentes discursos. Fuí entonces testigo de una singular demostracion de afecto. Un joven pastor puso un cordero á mis pies, diciéndome:

—Si V. lo permite, lo inmolare en sacrificio.

Esta costumbre, segun se me dijo, remonta al paganismo: como se comprende concedí la vida á aquella inocente víctima.

A las siete de la mañana siguiente montamos de nuevo á caballo: teníamos que andar aún ocho horas, pero en terreno llano, á lo largo del lago de Urmiah, al que se da el nombre de mar, porque sus aguas son las más saladas del mundo despues de las del mar Muerto, y los peces no pueden vivir en él. A tres leguas de la ciudad encontramos numerosos ginetes que habían

querido ser los primeros en saludarme. Me condujeron cabe un arroyo, donde me dispusieron el té servido en blandos tapices. Desde aquel momento no cesó de engrosar el cortejo. Todos nos detuvimos luego para recibir al delegado del gobernador que me traía un caballo ricamente engualdrapado, honor que sólo se concede á los grandes personajes. Presentáronme tambien otros dos caballos de gala en nombre de dos generales, hijos del antiguo gobernador. Éramos próximamente un centenar, y todos á caballo. Al llegar á las puertas de la ciudad, encontré una escolta de veinte y cuatro hombres que el Gobierno ponía á mi disposicion, fijando él mismo el itinerario por las calles principales. Eso que el gobernador es musulman y que la ciudad de Urmiah, que cuenta unos 40,000 habitantes, es una ciudad musulmana. Desmonté á la puerta de nuestra iglesia, donde me esperaban mis compañeros y los escolanes. Tomé el sobrepelliz y la estola, y entré en procesion. En un instante la vasta iglesia quedó llena, tanto de católicos como de cismáticos y musulmanes. Cantóse el *Te Deum* en latin con acompañamiento de órgano, y me condujeron á mi habitacion, donde se sirvió el café á todos los que se presentaron.

Aquí concluyo mi narracion, queridos amigos, satisfecho por demostraros que pienso en vosotros y os amo. Inmensa distancia nos separa hoy día; pero iré á buscaros en el sagrado Corazon de Jesús, y espero encontraros en él.

CRÓNICA.

España.—Hállase actualmente en nuestra patria el M. R. P. Ignacio María Sans, ex-prefecto de las Misiones de los Padres Franciscanos observantes entre los antropófagos del Marañon (América meridional). Este intrépido Franciscano ha consagrado veinte años á la conversion de los pobres salvajes. Imposible seria referir los trabajos, penas y angustias que por la gloria de Jesucristo y por el bien de sus prójimos ha sufrido; baste decir que tres veces ha derramado su sangre, siendo flechado por aquellos mismos á los cuales quería hacer partícipes de los méritos de la sangre del Hombre-Dios.

Asia Menor.—El Sr. Marengo, vicecónsul de España en Trebizonda, nos escribe desde esta ciudad:

«Mi primo el Ilmo. Marengo, delegado apostólico de Atenas, que llegó aquí el 31 de julio, partió el 3 de agosto.

«Durante su permanencia en Trebizonda el Prelado ha recibido los mayores honores de parte del obispo greco-cismático, señor Gregorio, y de toda la colonia. El día siguiente al de su llegada se le invitó á una comida que dió el cónsul de Grecia.

«La víspera de su partida le recibió tambien el obispo griego, brindándose sucesivamente por el ilustre Prelado, por la Santa Sede y la Iglesia. El Ilmo. Marengo correspondió con benévolas frases, manifestando la esperanza de la reunion próxima de las dos comunidades. La permanencia del Prelado en Trebizonda ha producido el mejor efecto.

«El Sr. Gregorio, modesto y muy instruido, es uno de los pocos prelados griegos que están á la altura de su mision, y no participa del fanatismo de los disiden-

tes. Desde que está en Trebizonda ha hecho cesar gran número de abusos, y ha establecido una cancellería en la que se conservan todos los documentos. Varon justo y activo, en diversas circunstancias ha loado y favorecido á los Hermanos de las Escuelas cristianas.

«A propósito de los Hermanos, debo deciros algunas palabras acerca sus trabajos. Durante el año escolar de 1882-83 los exámenes han sido excelentes, y así no es extraño que todo el mundo esté de acuerdo en ponderar la superioridad de su enseñanza. La distribucion de premios, á la que asistieron las Autoridades civiles y militares, los obispos griego y armenio y toda la colonia europea, fué magnífica...

«Recibo buenas noticias de Amasia y de Marsivan: el obispo armenio-gregoriano enviado al primero de estos puntos se esfuerza por impedir los progresos de los misioneros, pero nada consigue, pues es muy poco considerado.»

Armenia.—El Ilmo. Azarian, patriarca de Cilicia, nos comunica una carta que ha recibido del Rdo. Holas, vicario general de Angora. El Prelado nos pide que publiquemos un extracto de la misma, lo que hacemos con tanto mayor gusto cuanto esta Mision de Angora es muy pobre y merece todas las simpatías de nuestros lectores:

«Permitidme llame la atencion de V. I. acerca las diversas necesidades de esta importante diócesis. Nuestras cuatro iglesias en que se celebra el culto divino están hoy cargadas de deudas. En tiempos mejores, cuando el incendio, el hambre, la guerra y las langostas no habian aún arruinado á nuestros fieles, sabian proveer con generosidad á las necesidades del culto. Hoy todo está cambiado. La mayoría carece de habitacion, de vestidos, de alimento, en fin, de todo lo necesario á la vida. Cada dia centenares de ellos llaman á mis puertas; mas ¡ay! mis recursos están agotados, y me veo en la precision de despedirles con las manos vacías. Temo que la miseria les induzca á aceptar las ofertas de los ministros protestantes.

«Respecto al seminario, el corazon se me parte de dolor al verme en la necesidad de cerrarlo. Esta institucion, en otro tiempo tan floreciente, gloria de la diócesis y del patriarcado, cuyos discípulos, ahora sacerdotes, se encuentran en casi todas las Misiones del Asia Menor, estaba reducida á seis seminaristas, albergados y mantenidos á costa de la Administracion diocesana. Si se exigiese, en efecto, una retribucion cualquiera, los padres no podrian darla, y faltarian vocaciones. No obstante, la módica suma de tres mil pesetas anuales hubiera bastado para salvar este establecimiento ó nos permitiria abrirlo de nuevo.

«Finalmente, las escuelas de Angora reclaman una subvencion especial. Los niños, esa esperanza de la Iglesia y de la sociedad, carecen enteramente de educacion á causa de nuestra estrechez. Con mucho trabajo y contrayendo deudas he logrado reunir un centenar.

«¡Ojalá la *Obra de la propagacion de la fe* escuche mi voz suplicante, y me ayude con sus oraciones y limosnas! Va en ello la salvacion de infelices almas rescatadas con la sangre de Jesucristo.»

Urmiah (Persia).—El Rdo. Jaime Thomas, prefecto apostólico, escribe con fecha 5 de abril último:

«Gracias á las limosnas de los bienhechores europeos vamos á abrir un hospital en Urmiah.

«Este será el primer establecimiento de este género en toda la vasta extension del reino. Nunca la beneficencia se habia presentado aún bajo esta forma: las costumbres del país parecian oponerse á ella; pero en realidad la empresa suponía grande abnegacion. No basta dar mucho dinero y construir espaciosos edificios, se requiere sobre todo una direccion inteligente y desinteresada, sentimientos exquisitos de tierna compasion con el sufrimiento, y amor al pobre. Así es que nunca se habia pensado en abrir un asilo para los enfermos.

«Vamos á dar este ejemplo de caridad cristiana, con sumo gozo de los caldeos, que parece se han desposado con la pobreza, y con asombro lleno de admiracion de los musulmanes.

«El plan está ya hecho y poco tardarán en inaugurarse los trabajos de construccion. El conjunto es muy modesto, pues no se quiere exceder de la suma de que disponemos; pero se ha dejado lugar para las sorpresas que nos reserve el porvenir. Las paredes soportarán fácilmente un piso, y el terreno es suficiente para todas las dependencias necesarias. Hé aquí, pues, la ciudad de Urmiah casi dotada, aunque en pequeño, de las obras de caridad que son la gloria de Europa.»

Bengala (Indostan).—El P. Lanslots, misionero en el país de Dacca, escribe con fecha 20 de agosto:

«Una de las cristiandades más florecientes de nuestro vicariato acaba de experimentar una cruel desventura. En mayo último un ciclon azotó la iglesia de Bandhura, construida con mil dificultades y trabajos. Fué tal la violencia del huracan que hoy apenas restan de ella algunas ruinas, y 2,200 bengaleses católicos se ven privados de su templo por el que habian hecho extraordinarios sacrificios. Los limitados recursos de que dispone el Ilmo. Ballsieper, nuestro venerado vicario apostólico, no le permitirán en mucho tiempo reconstruir con ladrillos la iglesia derribada por el ciclon: de consiguiente tendrá que recurrirse de nuevo al bambú, al rotin y á las hojas grandes de banano ó de *banyan* para levantar una modesta capilla provisional.

«Abrigo la confianza de que las almas compasivas no querrán dejar á Nuestro Señor en una cabaña más miserable aún que el establo de Belen. Casi todos los cristianos de Andhura son agricultores sin recursos, y á pesar de su buena voluntad no pueden ofrecer para la reconstruccion de la iglesia otra cosa que jornales de trabajo: es preciso que la caridad nos proporcione los ladrillos, la carpintería y el mueblaje. Vamos á orar para que nuestro llamamiento sea atendido.»

Indostan.—Creemos serán leídos con interés los siguientes detalles acerca las obras creadas en el Norte de la India por el Ilmo. Tosi, que antes de gobernar la iglesia de Lahore, fué durante doce años vicario apostólico de Patna.

La primera iglesia fundada por el Ilmo. Tosi fué la de san José en Lucknow. Esta grande ciudad de la provincia de Ude es, despues de Calcuta y Bombay, una de las más notables de la India, á causa de sus fortalezas, mezquitas, palacios y jardines.

Purneah, reducida localidad á los piés del Himalaya: Bhopal, capital de un Estado musulman, y Allahabad, residencia del gobernador de las provincias del Noroeste de la India, deben al mismo Prelado sus iglesias. La de Allahabad es reputada la mejor de toda la Península.

Cuando el Ilmo. Tosi sucedió al Ilmo. Hartmann, la Mision no contaba más que cinco escuelas, hoy tiene diez, y á más un colegio: en todo 700 alumnos.

Algunas de las estaciones católicas de Patna fueron fundadas en circunstancias dignas de mencionarse, especialmente la de Bettiah. Dos capuchinos, de camino para el Nepaul, hicieron un breve alto en esta ciudad, entonces enteramente pagana. Habiéndoles visto un servidor del rajah, los tomó por médicos europeos y lo contó á su señor. El príncipe mandó á los extranjeros que acudiesen á su palacio, y les dijo:

— Mi mujer está gravísimamente enferma; nadie aquí puede cuidarla: si la curais os otorgaré todo lo que podais pedir.

Uno de los dos capuchinos gozaba de mucha reputacion de santidad; así es que su compañero le dijo:

— Padre José, hé aquí una muy hermosa ocasion de promover la gloria de Dios.

El misionero consintió en ver á la enferma; pero, por todo remedio, contentóse con bendecirla: Dios recompensó la fe de su siervo devolviendo la salud á la princesa. El rajah suplicó á los misioneros que le manifestasen sus deseos: estos sólo le pidieron permiso para predicar su religion. Hoy Bettiah no cuenta menos de 3,000 católicos.

Costa de los Esclavos.—El P. Pagnon, misionero en la Costa de Benin, escribe desde Lagos:

« En los países civilizados todo el mundo conoce la importancia de una buena educacion primaria: de ella depende el porvenir de los niños, de las familias y aún de las naciones. En Africa especialmente, ó por lo menos en la parte de ella que estamos llamados á evangelizar, Benin y Dahomey, es el único medio de obrar un bien verdadero y durable.

« Nuestros predecesores en estos dos puntos comprendieron muy bien que las escuelas serian siempre su gran medio de accion sobre los pueblos de estos países. Antes de que se fundase la Mision de Lagos florecian ya las escuelas de Whydah y de Porto-Novo. Cuando los misioneros llegaron á Lagos en 1868, apresuráronse á tomar en alquiler una casa, de la que dedicaron una parte á Dios, otra á sus discípulos y la tercera para su morada. La Providencia bendijo su obra: la escuela tomó tal crédito, que fué preciso ensancharla. Ya no eran sólo los cristianos quienes enviaban á ella sus hijos, sino tambien los protestantes, los musulmanes y los paganos. Con las limosnas de la *Propagacion de la fe* y las de sus neófitos los misioneros compraron una casa y edificaron una iglesia, que servia de escuela durante la semana.

« En 1872 se enviaron de Europa cuatro Hermanas para inaugurar la primera escuela de niñas. Los misioneros les cedieron la casa y las clases que habian organizado, y construyeron nueva casa y nuevas escuelas en un terreno que el Gobierno inglés acababa de concederles. Estas construcciones estaban en proporcion con los débiles recursos de que disponian. Casas de bambúes cubiertas de paja, esto es todo lo que podian hacer. Pero bajo tales humildes techos los misioneros y las Hermanas se consideraban felices: trabajaban en la salvacion de las almas, y rivalizaban en celo y abnegacion, sin desalentarse por las brechas que la muerte abria en sus filas; pues es de saber que en el espacio de catorce años, han sucumbido en el trabajo diez y siete misioneros ó Hermanas.

« El número de niños que frecuentan nuestras clases se acerca hoy dia á cuatrocientos. Las escuelas de bambúes han desaparecido casi enteramente, y en su lugar se levantan hermosos edificios de ladrillos. Las de San Juan y de San José contienen ciento cincuenta niños, el mayor de los cuales cuenta ocho años: se les enseñan las oraciones, el catecismo y el inglés. Nuestros negritos no son inferiores á los de su edad en Europa respecto á inteligencia y memoria.

Las escuelas de San Francisco Javier y de Santa María son frecuentadas por doscientos niños de toda edad desde ocho á diez y siete años. Lectura, escritura y gramática, todo lo que se enseña en las escuelas primarias de Europa, entra en el programa de sus estudios.

« El colegio de San Gregorio fué fundado dos años há con objeto de formar profesores y dar á nuestros discípulos una educacion que les pone en estado de disputar aún á los protestantes los empleos distinguidos. Además de la gramática, las matemáticas, etc., enseñamos un poco de francés y de latin.

« Su Excelencia el capitan Maloney, gobernador de Lagos, ha venido á presidir nuestros exámenes, acompañado de trece notables de la ciudad. Quedó asombrado de los progresos de nuestros niños, y expresó altamente su satisfaccion. Despues de asistir á los exámenes de las escuelas protestantes, Su Excelencia declaró que de las tres escuelas de segunda enseñanza de Lagos, la de San Gregorio habia sido la de mejores resultados.

« Siempre se ha reconocido aquí que para la educacion de la juventud los misioneros católicos tienen incontestable superioridad sobre los ministros.

« La secta protestante no opone freno alguno á la concupiscencia de los negros, y favorece en el más alto grado su natural orgullo. Como vemos á los niños protestantes pasar envanecidos por las calles dirigiéndose á las clases, con un paquete de libros bajo el brazo, creyéndose doctores antes de ser escolares, así son en los empleos que desempeñan más tarde: insoportables á cuantos tienen que mandarles ú obedecerles.

« No es extraño, pues, que en las oficinas del Gobierno y en las casas de comercio se prefiera ocupar á los discípulos salidos de nuestras escuelas, porque en éstas han aprendido, con el conocimiento de la verdadera religion, el sentido del derecho, la humildad y las otras virtudes cristianas que hacen á cuantos las poseen gratos á Dios y recomendables á los hombres.

« Bajo el punto de vista religioso, los resultados obtenidos por medio de las escuelas son todavía más consoladores. A ellas, en efecto, son debidos el gran número de cristianos en los que tenemos el consuelo de ver á los esposos vivir con la union más perfecta y llenar fielmente los deberes de padres cristianos. Así tambien, gracias á ella, se conservan en la virtud multitud de jóvenes en medio de un mundo perverso y corrompido...

Madagascar.—Las correrías y actitud de los franceses están produciendo sus resultados en Madagascar. La *Cloche*, periódico de Tamatava, da algunos detalles referentes á los franceses expulsados de Tananarive despues del *ultimatum* del almirante Pierre.

Avisados los franceses que debian partir, pidieron: 1.º conductores á su cargo; 2.º una escolta para protegerles en tan largo viaje; 3.º el secuestro provisional de sus bienes, que no podrán realizar en tan breve plazo. Los dos primeros puntos fueron resueltos favorablemente.

El tercero se pasó en silencio, y para evitar toda reclamación S. E. Rainilairivony declaró que no se recibiría en palacio queja alguna de los franceses.

Los reverendos Padres Jesuitas fueron á encontrar al ministro de Negocios extranjeros para rogarle transmitiera al primer ministro una súplica de próroga de plazo en razón de las dificultades que encuentran para reunir en tan breve plazo á los Padres dispersos en los campos. Este ministro subalterno contestó que estaba ausente.

Su valor no fracasó y acudieron al obispo anglicano Kestel-Cornich, suplicando que se encargase de entregar, en palacio, una carta al primer ministro. En esta carta los Padres exponen su situación, preguntando si los dos Padres jesuitas ingleses, que cuentan entre ellos, deben, al igual que los de la Misión belga, considerarse comprendidos en la expulsión de los franceses.

Este Obispo no temió responder que ciertamente las personas de las cuales se trataba debían partir con los franceses, porque formaban parte de la Misión católica.

Entonces un Padre, británico de nación, dijo que se quedaría. «¡Guardaos de ello, porque seríais asesinado á la época señalada!»

Pasaron los días sin que la escolta y los conductores se presentaran, y M. Suberbie instó al P. Lavaissière que enviara á pié, el martes, á las Hermanas, las mujeres y niños á fin de evitar todo accidente en último caso.

Esta caravana salió á las cuatro, llegada á la población de Ambohimangakelly.

A las diez y media, M. Wilkinson, que hacía tres días no visitaba á M. Suberbie, mandó un recado á éste para que se pasara por su casa, condoliéndose de la desgraciada suerte de estos franceses obligados á marchar á pié. M. Suberbie contestó que estando con guardias de vista no pudo salir, habiendo encargado á Berquet, que tomase acta de la cobardía é ignominia con que se habían cubierto los misioneros ingleses, que no se habían dignado utilizar su influencia acerca del Gobierno hova para interceder en favor de los viejos, de las Hermanas y de los niños salidos esta mañana á pié, pero, añadió, que no pedía nada absolutamente á los ingleses.

M. Wilkinson convocó á la famosa Junta de los siete, del cual forma parte, y se decidió enviar una Comisión cerca del primer ministro para suplicarle que auxilie á los franceses. Este último dijo que ya había prevenido la cosa.

El miércoles por la mañana, M. Wilkinson vino á despedir á M. Suberbie, quien rogó á sus compañeros que asistieran á la conversación que iba á tener con su visitante y á la cual repitió las palabras que había encargado á M. Bouquet que le transmitiera, repitiendo que no pedía nada á los ingleses, porque los misioneros anglicanos, metodistas ú otros, no podían ignorar la salida del pequeño grupo de mujeres y niños salidos la víspera y á los que hicieron asaltar á su paso, insultándoles é injuriándoles los mismos de sus escuelas y los fieles de sus iglesias.

En fin, á las once en punto, los miembros de la Misión católica atravesaban la plaza de Andohala para abandonar la población de Tananarive. Algunos minutos después M. Suberbie, habiendo puesto los sellos en su casa de comercio, dió la señal de la partida y todos atravesaron silenciosamente la población en medio de una inmensa muchedumbre que injurió y amenazó grandemente á los peregrinos.

—Recientemente nos escriben de Tamatava:

«Aquí la cuestión es la misma que á la partida del correo precedente. Los hovas continúan acampados á nueve kilómetros de las alturas que dominan Tamatava y parece que nada temen. Saben sin duda que los soldados franceses no son bastante numerosos para ir á arrojarles de aquellos puntos, y que además, merced á los pantanos, á las malezas y á los bosques, no pueden fácilmente acercarse á sus trincheras.

«Hasta ahora estamos sin comunicación con el interior, y nada hemos recibido directamente de la capital. Pero un negociante protestante inglés ha escrito á la isla Mauricio una carta que han publicado los periódicos, en la que se leen las siguientes noticias:

«La Reina ha muerto el 13 de julio, y en su lugar reina una princesa que fué algún tiempo alumna de las Hermanas de san José. La calma reina en la capital: se arma á todos los hombres válidos y á todos los jóvenes. Los católicos se reúnen en la iglesia como de costumbre.» A la fecha de la carta, el 13 de julio, los embajadores malgaches no habían llegado aún á Tamatava.

Abisinia.—De una carta que desde Alitiena escribe el Rdo. Kiat, tomamos lo siguiente:

«Gracias á Dios gozamos todos de excelente salud, y la seguridad en que vivimos es relativamente satisfactoria. Al terminarse la persecución no sabíamos lo que Dios nos tenía reservado, y aún nuestros católicos, los más tímidos es cierto, al parecer temían nuestra presencia en medio de ellos; pero hoy han desaparecido ya todos los temores. Así los cristianos que se vieron obligados á marchar á otros países, nos llaman en caso necesario y les visitamos sin dificultad alguna. Los enemigos de nuestra religión, testigos de los malos tratamientos que experimentamos el año último, concibieron la esperanza de nuestra completa ruina; y hoy la tranquilidad de que gozamos les asombra. Los católicos por su parte están contentísimos de vernos entre ellos, y protestan seguirnos á doquiera nos refugiásemos en caso de turbulencias. Los desterrados del Agamié están aún á nuestro lado en Alitiena. Sin embargo, á excepción de dos sacerdotes y dos religiosos, los demás van y vienen, y hasta han tenido bastante libertad para sembrar algunos campos y hacer la cosecha. Los de Sahassi, que primero se habían refugiado en las montañas, han vuelto á sus casas y se entregan á las faenas agrícolas: con ellos está también el sacerdote que sirve la capilla. Recientemente este mismo sacerdote celebró un aniversario, y sólo por prudencia celebraron la ceremonia muy de mañana. Tal es nuestra situación actual, que podrá mejorarse de día en día, pues en efecto corren ya por el país noticias favorables para nosotros. A consecuencia de estos rumores personas de cierta importancia nos dan aún públicamente marcadas muestras de interés. Así acabamos de recibir la visita de un religioso, superior del convento de Gundé-Gundé. Este sacerdote, que después de nuestros desastres no se hubiera atrevido á avistarse con nosotros, ha hecho dos días de camino para visitarnos. Lo mismo sucede con el jefe del Agamié. Este sujeto, aunque amigo nuestro, disimulaba por todos los medios la amistad que nos unía; hablaba claramente contra nosotros, y no quería vernos sino en secreto: hoy sucede todo lo contrario, pues nos promete ayuda y socorro en caso de necesidad.

«A estos motivos de esperanza debo añadir las numerosas demandas de admision en el Catolicismo que hacen personas notables, sacerdotes y soldados. En una palabra, despues de nuestras desdichas del año último puede decirse y se ve claramente: primero, que nuestros católicos nos son más adictos; segundo, que algunos indiferentes, conmovidos por nuestras tribulaciones, se han acercado á nosotros, y tercero, que nuestros enemigos, asombrados de la constancia de los católicos despues de tantas pruebas, están reducidos al silencio. Tales son los motivos que nos hacen concebir la esperanza de mejor porvenir. Con todo, aún en estas condiciones lo que hacemos no está en relacion con las necesidades espirituales de los fieles. La distancia de los lugares y el reducido personal impide obrar todo lo que conviene. Se necesitaria un sacerdote que pudiese ausentarse muchos dias para vivir con esas gentes é instruirlos en los principios de nuestra religion, borrando de sus corazones los principios de judaismo de que están imbuidos.»

Africa.—Nos escriben de Alger que cuarenta y dos novicios pertenecientes á diferentes diócesis de Francia acaban de entrar en el noviciado grande de la Casa Cuadrada, tomando el hábito de la Sociedad; próximamente se esperan otros muchos. Cuando se consideran las difíciles circunstancias que atraviesan la Religion y la Iglesia, es este un síntoma verdaderamente consolador.

Su Eminencia el cardenal Lavigerie, que ha vuelto á Túnez despues de larga ausencia, ha presidido en San Luis de Cartago el Capítulo de la Sociedad de los misioneros de Argel. El Capítulo contaba veinte y un miembros, y reunióse para proceder á la eleccion del superior general y de sus asistentes.

Filipinas.—Los Padres misioneros españoles de la Compañía de Jesús han publicado un cuadro sinóptico de las Misiones encomendadas á su Instituto en el archipiélago Filipino en el presente año. Comprende la distribucion del personal y la clasificacion de los trabajos relativos al Ateneo y Observatorio municipal de Manila, y da noticias de las *reducciones* de indios que con incansable solicitud catequizan los celosos hijos de san Ignacio. El resumen es como sigue: 27 parroquias ó Misiones, 110 Reducciones, 111 religiosos ocupados en la Mision, 113,349 almas, 1,774 casamientos verificados en un año, 4,436 bautizos, 5,475 infieles convertidos.

Canadá.—Los católicos de Quebec se ocupan activamente en los trabajos preparatorios á la beatificacion de Ilmo. de Laval, su primer obispo. El proceso encierra mil páginas, y testifica cuatro milagros de curacion. El Ilmo. de Laval Montmorency, natural de Normandía, fué nombrado obispo de Quebec en 1775, donde fundó un seminario, y murió en olor de santidad en 1808, á la edad de ochenta años.

Méjico.—En una carta del Rdo. Ferrer, misionero en Itecata, leemos lo que sigue:

«El 9 de noviembre de 1882 empezámos las Misiones. A las cuatro de la mañana, tanto en invierno como en estío, se da la señal con la campana; á las cuatro y media se celebra la misa, seguida de la instruccion

acerca los Mandamientos: durante este tiempo los compañeros hacen la meditacion y rezan las Horas menores. A las siete y media nos sentamos en el confesonario hasta las once y media, hora en que volvemos juntos á la casa; á las once y tres cuartos hay lectura del Nuevo Testamento, y á medio dia comida, leyéndose la sagrada Escritura. A las dos rezamos el Oficio entero, y á las tres volvemos al confesonario, hasta las seis, en que comienza el rezo del Rosario; luego la glosa acerca los Mandamientos, seguida de sermon, y por último los cánticos religiosos. Tal es el orden invariable durante todo el tiempo de la Mision.

«Procuramos disponer una ceremonia especial para la primera Comunión de los niños. Despues que el catequista los ha preparado cuidadosamente para este acto importante, reunimos en la iglesia los niños á un lado y las niñas en el otro; se canta una misa solemne y se les dirige una tierna instruccion en el momento de la Comunión; piden perdon en voz alta á sus padres, y luego se les hace una segunda instruccion como accion de gracias. Esta ceremonia conmueve los corazones más endurecidos y hace derramar muchas lágrimas; luego se reúne á los niños en un vasto local para el desayuno. Los niños son servidos por los caballeros del lugar, y las niñas por las damas, mientras toca una música escogidas piezas. Por la tarde se reza el Rosario, y se hace una instruccion para disponerlos á la renovacion de las promesas del bautismo, despues de lo cual se da la bendicion con el santísimo Sacramento. En otro tiempo salia á la calle una procesion con bandera al frente: hoy el Gobierno nos obliga á hacer todas las ceremonias dentro de la iglesia.

«No puedo menos de referiros un hecho extraordinario que me sucedió durante una Mision. Presentóse una india á mi confesonario, y como me parecia muy anciana, le pregunté qué edad tenia.

«—Ciento diez años, me respondió, y vengo para hacer la primera Comunión.

«Pasaba la vida en las montañas custodiando rebaños, y nunca habia tenido ocasion de recibir á Dios. Cuando la hube confesado, me dijo:

«—Padre, ¿me permitiria V. hacer la primera Comunión con las niñas?

«Se lo permití sin dificultad alguna, y lloré de gozo viendo aquella jóven anciana vestida con el traje blanco, con la corona de flores en su frente y apoyada en un palo para sostener su cuerpo debilitado por la edad. Todos los presentes estaban admirados y conmovidos.

«En todas nuestras Misiones disponemos una ceremonia particular para excitar los pueblos á la devocion hácia la santísima Virgen, á fin de que la divina Madre de Jesús derrame sobre ellos abundantísimas bendiciones.»

TIERRA SANTA.

XXVI.

EL LUGAR DEL LLANTO EN JERUSALEN (1).



En el sitio de Jerusalem por Tito el año 70, treinta y siete años y cuatro meses despues del crimen del deicidio, cumplióse la profecía de Nuestro Señor sobre aquella ciudad culpable:

(1) Esta noticia la ha remitido desde Jerusalem el Ilmo. Poyet, protonotario apostólico.

«Porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada, tus enemigos te derribarán, exterminarán á tus hijos, y no dejarán en tí piedra sobre piedra (1).» «He querido reunir á tus hijos como una gallina á sus polluelos bajo sus alas, y no lo has querido, oh Jerusalem, que das muerte á los Profetas. Hé aquí que desierta quedará tu casa (2).» La abominacion de la desolacion, predicha por el profeta Daniel, llegó al lugar santo, y la desolacion fué tan grande que no la hubo semejante desde el principio del mundo.

El sitio de Jerusalem comenzó el 7 de abril del año 70. El 23 del mismo mes cayó en poder de Tito la parte del Norte, llamada Bezetha, y el 2 de mayo la ciudad baja, Acra, fué tomada por los romanos, que quedaron sus dueños. El 31 de mayo Tito hizo comenzar aquel

muro de circunvalacion, predicho por Nuestro Señor (1), para encerrar la ciudad, «estrecharla por todas partes,» y reducirla por hambre. Los soldados romanos, trabajando con actividad «sobrehumana,» que el historiador judío Flavio Josefo creyó deber señalar, acabaron en tres dias aquella muralla, de 39 estadios de largo (7,500 metros) y defendida por 13 reductos. Entonces los sitiados perdieron completamente la esperanza de huida y de abastecimiento. Una fanega de trigo se vendía á 6,000 pesetas. Una madre se comió á su hijo.

En la noche del 30 de junio veinte soldados romanos se apoderaron por sorpresa de la famosa torre Antonia que protegía el templo.

El 12 de julio el sacrificio perpetuo de un cordero mañana y tarde, prescrito por Moisés (2), cesó por-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Embajadores del rey del Ahunan. (Pág. 399).

que faltaron víctimas, y esto para siempre. Aún hoy los judíos celebran con un ayuno el aniversario de aquel día nefasto, el noveno día de su quinto mes llamado Ab.

El 4 de agosto un soldado romano arrojó una tea encendida por la parte del Norte, por una ventana que daba á los aposentos contiguos al santuario. Estalla el incendio, Tito se esfuerza en vano por contenerlo, y todo el resto del templo es pasto del fuego, pereciendo 6,000 personas entre las llamas. Los judíos celebran hoy con un mismo luto el doble aniversario de la caída del templo de Salomon bajo Nabucodonosor (588 antes de Jesucristo), y de la caída del templo de Zorobabel (70

de Jesucristo), perdidos uno y otro en el mismo día con 658 años de intervalo.

Tomado el templo, desvaneciéndose toda la confianza de los judíos. Jeremías había dicho 660 años antes: «No digais: Este templo es del Señor, este templo es del Señor, este templo es del Señor. Robais, matais, cometeis adulterio, jurais falsamente y sacrificais á Baal. Trataré esta casa, llamada con mi nombre, en la que poneis todo vuestra confianza, y este lugar que dí á vuestros padres y á vosotros, como traté á Silo. Id al lugar que me consagré en Silo, donde establecí mi gloria desde el principio, y considerad cómo le traté á causa de la maldad de mi pueblo de Israel (3).»

(1) Luc. xix, 44.

(2) Matth. xxiii, 37.

(1) Luc. xix, 43.

(2) Exod. xxix, 38; Num. xxviii, 3.

(3) Jerem. vii, 4-14.

El 30 de agosto la ciudad alta, llamada de Sion, y la ciudadela de David cayeron en poder de los romanos.

El 10 de setiembre toda la ciudad estaba envuelta en llamas. El sitio había durado cinco meses, desde el 9 de abril hasta el 30 de agosto.

Tito ordenó que se diese muerte á todos los que se hubieren cogido con las armas en la mano y que se redujese á cautiverio á todos los demás. Por desgracia los soldados en su exasperacion mataron tambien á muchos ancianos y enfermos. Todos los prisioneros de diez y siete años arriba fueron reservados para los trabajos de las minas en Egipto, y para los combates y fuegos del anfiteatro, y los que no llegaban á aquella edad fueron vendidos como esclavos. Pero antes de que se hubiese terminado ese exámen sumario, gran número murieron de hambre, ya voluntariamente, ya porque no se les daba cosa alguna.

El historiador Josefo, que combatió contra los romanos al principio de la guerra, y que hecho prisionero más tarde en el sitio de Jotapala, acompañó á Tito á Jerusalem, y despues de la toma de esta ciudad le siguió á Roma, nos dejó todos estos detalles. Testigo ocular, pudo asegurar que 1.377,000 judíos murieron en aquella guerra, fuera de Jerusalem, á mano de los romanos ó de los idólatras; que el número de prisioneros, desde el principio hasta el fin de las operaciones militares, ascendió á 97,000, y que durante el sitio de Jerusalem perecieron 1.100,000 personas. Esta última cifra, que á primera vista parece increíble, se explica fácilmente por la circunstancia de la festividad de Pascua, que atraía cada año á Jerusalem muchos miles de judíos extranjeros. Además, la esperanza de estar en perfecta seguridad en la ciudad santa, considerada por ellos como inexpugnable á causa del templo, les movía á refugiarse en ella.

Llegan, pues, á 2.574,000 las víctimas de esta primera guerra de exterminio predicha por el divino Redentor.

Tito hizo arrasar todo lo que quedaba del templo y de la ciudad, á excepcion de las tres torres Híppicos, Phasaél y Mariamna, que Herodes hizo añadir á la antigua ciudadela de David, y quiso conservarlas como testimonio de lo que había sido Jerusalem. Sólo quedaron algunos ancianos llorando sobre las ruinas de la infeliz ciudad y de su templo, lo que prueba que Tito no les prohibió la entrada de Jerusalem. Puede creerse que los judíos volvieron pronto y se establecieron en aquellas ruinas malditas, pagando sin duda muy cara esta tolerancia á los soldados romanos sus guardianes. Sabido es que los judíos cristianos que durante el sitio se habían refugiado en Pella, á la otra parte del Jordan, segun la recomendacion del Señor (1), volvieron tambien para buscar, venerar y guardar los lugares testigos de la Pasión de Jesucristo.

La espantosa catástrofe del año 70 no pudo convenir á los judíos de que Dios les había abandonado y condenado para siempre; y no bien habían transcurrido cuarenta años cuando se levantaron en diferentes partes del Imperio bajo Trajano. Doscientos mil pagaron con su vida este acto de rebelion. De vez en cuando aparecieron, segun la prediccion de Nuestro Señor (2), falsos profetas y falsos Cristos, que por medio de engañosos prodigios excitaban la multitud, la impulsaban á

la guerra prometiéndoles la victoria, y por lo tanto el recobro de su patria, de Jerusalem y de su templo. El más famoso de esos impostores, cuyo nombre haya conservado la historia, es el que pareció bajo el reinado de Adriano. Bar Cazab (hijo de la mentira), que cambió su nombre en el de Bar Chochebas (hijo de la estrella), consiguió por la magia y otros artificios (1) hacerse pasar por el Mesías, por la estrella de Jacob anunciada mil quinientos años antes por el profeta Balaan. Supo inspirar á los judíos de todas las partes de Judea tal fanatismo que Tinio Rufo, uno de los generales más hábiles del Imperio, no se atrevió á hacer frente á sus fuerzas reunidas y aceptar una batalla general. No logró reducirlos sino al cabo de muchos combates particulares en el espacio de tres años. Fué en el año 135 de Jesucristo y el 18 del reinado de Adriano. Esta revolucion armada fué el esfuerzo supremo de la nacion judía para recobrar su libertad, su ciudad santa y su templo.

La venganza fué terrible. Hubo una primera venta de prisioneros judíos en el mercado de Terebinto, cerca de Hebron, convertido desde entonces para ellos en lugar de execracion, y una segunda en el mercado que Adriano había establecido en Gaza. El resto, que no encontró compradores en Palestina, fué transportado á Egipto y pereció por el naufragio, el hambre ó el hierro de los paganos, calculándose en 1,000,000 el número de judíos que esta última guerra hizo desaparecer del suelo natal. Uno de sus rabinos exclama embargado de dolor: «Los torrentes de sangre fueron bastante abundantes para arrastrar piedras de cuatro libras, y durante siete años las tierras no tuvieron necesidad de abono, pues lo suplieron los cadáveres.» Fueron arrasados 50 castillos ó fortalezas, y destruidos 985 lugares. Lo que quedaba de Jerusalem fué demolido, «el solar del templo nivelado, sobre él pasaron el arado y lo sembraron de sal como signo de maldicion y esterilidad. En el lugar de la ciudad santa se levantó la ciudad enteramente pagana de Adriano, *Ælia Capitolina*.» En el emplazamiento del templo de Salomon se alzó un templo dedicado á Júpiter, erigiéndose una estatua del emperador junto á la del dios; y por último, termas, un teatro, etc., todo lo que los judíos más odiaban, vinieron á completar el adorno de la nueva ciudad destinada á una colonia romana. Un decreto cerró la entrada en ella á los judíos, prohibiéndoseles además, bajo pena de muerte, mirar siquiera de lejos su recinto. Un cerdo, animal aborrecido de los judíos, esculpido en relieve sobre la puerta por la que se iba á Belén, «fué contra ellos el irrisorio é insultante guardián.»

Todos estos hechos están atestiguados por san Justino, que murió en 168; por Tertuliano, en 245; por Orígenes, en 254, y por Eusebio, obispo de Cesarea, en 338. Otro testimonio es la liturgia misma de los judíos. Prescribese un ayuno el 18 del mes Ab, aniversario de la victoria de Adriano, día consagrado al dolor, en que cada judío invoca la cólera divina contra ese segundo Nabucodonosor, «que destruyó 480 sinagogas y consumió la ruina de Israel.» Por fin los judíos dispersos, errantes por la tierra, sin un hombre, sin un Dios para gobernarlos, arrojados lejos del territorio y del cielo de

(1) San Jerónimo (*Apolog. contr. Rufin.*) asegura que uno de los medios inventados por Bar Chochebas para engañar á las muchedumbres, era fingir que vomitaba llamas por medio de una paja incandescente que sabía ocultar en su boca y soplar con el aliento.

(1) Matth. xxiv, 16; Marc. xiii, 14; Luc. xxi, 20, 21.

(2) Matth. xxiv, 24.

sus antepasados, á quienes ni siquiera se concedió lo que no se niega á los extranjeros, dice Tertuliano, saludar á su patria, obtuvieron á costa de dinero el permiso de visitar Jerusalem «un solo día» en el año y de llorar sobre las ruinas de su templo: así lo refiere san Gregorio Nacianceno. No dice la historia en qué época se levantó la prohibición dicha ni cuál era el día en que se les permitía ir á llorar sobre las ruinas del templo. Procuraremos ilustrar estos dos puntos.

Es probable que la prohibición cayó en desuso á la conversión de Constantino y á la llegada de santa Elena, su madre, á Jerusalem en 326, cuando vino á buscar la verdadera cruz y apresurar la construcción de la insigne basílica que su hijo deseaba alzar sobre el lugar de la resurrección del Salvador, de aquel que, por «su señal de la cruz,» le había dado la victoria sobre Majencio y el imperio del mundo. Los cristianos no profesaban á los judíos la aversión que los paganos é infieles. Para ellos eran aún hermanos, cargados con la maldición divina y cuya conversión deseaban. Santa Elena se contentó con hacer desaparecer todo lo que Adriano había consagrado al culto de los ídolos, á Venus sobre el Calvario, á Júpiter sobre el sepulcro de Nuestro Señor y en el solar del mismo templo de Salomón.

Lo cierto es que en 333 un peregrino de Burdeos que visitó Jerusalem, vió á los judíos llorar «un día» junto á una piedra ó mejor roca ahuecada, ungir la con aceite perfumado y rasgar los vestidos.

El anotador de las obras de Eusebio, metropolitano de Cesárea (Palestina), cree que los judíos escogían para llorar sobre las ruinas del templo de Salomón, el día en que los extranjeros acudían de todas partes á Hebron, al célebre mercado que tenía lugar cerca del Terebinto de Abrahán.

El Sr. de Champagny dice que el noveno día del quinto mes de los hebreos, nombrado Ab, fué aquel en que se permitió á los judíos acercarse á la ciudad de David y llorar sobre ella; y esta fecha, según su cálculo, corresponde al 12 de julio, y así sería el aniversario del día en que por falta de víctimas, el año 70, cesó el sacrificio cotidiano. La ruina del templo no fué realmente consumada hasta el 4 de agosto, por el incendio que lo devoró. Mas para los judíos no hubo más templo desde que no se hacía en él el sacrificio, que debía ser perpetuo. Compréndese que escogieran el 12 de julio para llorar sobre las ruinas de Jerusalem y de su templo.

Los judíos, en su desventura, debieron considerarse felices, cuando el Cristianismo dominó en Jerusalem, pudiendo llorar, por lo menos una vez cada año, sobre las ruinas de su templo. Los cristianos considerando aquel lugar como maldito, no construyeron en él iglesia alguna, y así quedó abandonado y cubierto en breve de inmundicias.

Después de la conquista de Jerusalem por Omar fué construida la grande mezquita sobre el solar del templo, y así desde el año 637 les fué imposible á los judíos acudir á orar en el lugar tradicional. Los cruzados, que cambiaron en iglesia la mezquita de Omar, tampoco permitieron á los judíos la entrada en el recinto que la separaba de la ciudad. Véase la prueba. Benjamín, hijo de Jonás, judío de Tudela (Navarra), que visitó Jerusalem, en 1173, refiere que los judíos, sus hermanos, ^{gota de} ^{hacer} sus devociones ante una pared, junto á la ^{pueblos} Misericordia, á la parte opuesta al templo

del Señor de los cristianos, situado en el mismo punto que la casa santa, el antiguo santuario.» ¿Cuál es este muro? ¿Dónde estaba esta puerta de la Misericordia? Es muy probable que esta pared es la misma que aquella junto á la cual los judíos vienen á orar y llorar aún hoy día (1875). A la distancia de treinta metros, á la izquierda, se halla una de las más hermosas puertas, que dan acceso á la esplanada de la mezquita de Omar.

Vamos á describir esta pared, testimonio de tantas oraciones y lágrimas estériles, y la ceremonia del llanto, que tiene lugar especialmente el viernes por la tarde.

Los lectores de las *Misiones católicas* deben saber que, si no resta «piedra sobre piedra» del antiguo templo de Salomón, no sucede lo mismo con la pared con que este Rey y más tarde Herodes, el matador de los santos inocentes, rodearon la esplanada en cuyo centro se hallaba el templo. Recientemente hemos medido la parte oriental, que empieza á 31 metros de la puerta llamada de San Esteban. De este ángulo Este-Norte al ángulo Este-Sur hay 474 metros (1). La esplanada tiene 300 metros de ancho. En la mayor parte del muro oriental, del meridional y aún del occidental, en el interior de la ciudad, pueden admirarse magníficos restos de la construcción de Salomón ó de Herodes, pues no es fácil señalar siempre con certeza lo que corresponde al uno ó al otro. Piedras enormes miden hasta 7 metros 25 centímetros de largo por 1 y 65 de alto.

La parte de la pared junto á la cual los judíos van á orar, data ciertamente de los tiempos de Salomón ó de Herodes; pero hace parte de la pared de tapia de la esplanada y no del templo de Salomón, como muchos peregrinos afirman equivocadamente. El grabado de la pág. 381 presenta frente del muro, un espacio de 30 metros de longitud por 4 de ancho. Esta pared puede tener 12 metros de altura, pero sólo hasta 8 metros es salomónica. Los 4 metros superiores, invisibles en el grabado, están formados de algunos sillares bastante regulares de pequeñas dimensiones. Son obra de los cruzados ó de los musulmanes. Los 8 metros de construcción salomónica, en toda la extensión del lugar del llanto, están formados por nueve hiladas antiguas, retirándose 0'05 centímetros una sobre otra, de hermosos sillares almohadillados. En los hilados inferiores las piedras son generalmente de una longitud doble de su altura. A medida que las hiladas se elevan, disminuyen las dimensiones de los sillares. En la cara del muro antiguo se ven cortes considerables en forma de nichos. Hemos contado siete, distantes entre sí dos metros próximamente. Cada uno tiene 1'20 metros de alto por 0'40 de ancho. Es imposible determinar el destino de tales nichos, por lo demás groseramente trabajados y aún incompletos. Se encuentran otras cavidades en los bordes, principalmente en los ángulos de ciertos sillares. Es muy probable que los judíos devotos de esta pared, como á un resto de su templo, las han hecho á martillazos, para desprender y llevarse de él algunas reliquias.

Tal es este famoso muro, que los cristianos y viajeros llaman la pared del Llanto de los judíos, y que los judíos de Jerusalem denominan en árabe *heit el mogharbi* (muro occidental). Este lienzo de pared es venerado por los judíos al igual del templo de Salomón;

(1) En la pared de esta parte oriental se encuentra la puerta dorada por la que Nuestro Señor entró triunfante el día de las Palmas, seis días antes de su muerte. Se adelanta 1'90 metros del muro. Su anchura es de 1'560 metros. Hoy está tapiada.

vienen de todas las partes del mundo á visitarlo y besarlo con lágrimas. Cada día y casi á cada hora del día puede verse uno ó varios judíos sobre esta plaza, contemplando la pared, leyendo en su Biblia hebráica los salmos de David y las profecías de Isaías y Jeremías; pero son más numerosos el viernes por la tarde, antes de principiar el sábado.

San Jerónimo que habitó en Belén más de treinta y cinco años (385-420), los vió también llorar sobre las ruinas de su ciudad y de su templo. Se leerá con interés la descripción que de ello nos dejó en su *Comentario del profeta Sofonías*.

«Les está prohibido, dice, entrar en Jerusalem, excepto para llorar sobre las ruinas de su ciudad infortunada, y sólo obtienen este permiso á precio de dinero. Después de haber comprado la sangre del Salvador compran sus propias lágrimas; se les vende aún el derecho de llorar. ¡Cuán triste es en el día aniversario

en que Jerusalem fué tomada y destruida por los romanos, ver cómo acuden en lúgubre aparato una multitud desolada, mujeres decrepitas, viejos cargados de años y cubiertos de andrajos, atestiguando la cólera del Señor por el abatimiento de su cuerpo y por sus vestidos desgarrados! Pueblo desventurado, que sin embargo uno no sabe cómo compadecer. Ven resplandeciente de gloria el Calvario donde ajusticiaron al Salvador, brillando de luz el lugar de su resurrección, y lleno de esplendor sobre el Olivete el estandarte de su cruz, y vienen, ellos, desventurados, á llorar sin esperanza sobre las ruinas de su templo. Tienen aún el rostro inundado de lágrimas, esparcidos los cabellos y los brazos lívidos alzados al cielo, cuando el soldado viene á pedirles dinero para permitirles llorar mayor tiempo.»

San Jerónimo termina su descripción haciendo tocar como con el dedo el cumplimiento de la profecía de Sofonías.



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Pangolin. (Pág. 400).

«¿Quién no reconocerá en eso que vemos el día de la tribulación y de la angustia, el día de la desdicha y de la aflicción, el día de las tinieblas y de la oscuridad, el día de las nubes y de la tempestad, el día del sonido estruendoso de la trompeta (1)? ¡Infelices! La trompeta del soldado resuena también en medio de su luto; y, según la profecía, la voz de la solemnidad se trueca en gemidos; gimen de dolor cabe las cenizas del santuario, el altar destruido, la ciudad en otro tiempo fortificada y las eminencias de aquel templo, desde donde precipitaron en otro tiempo á Santiago, hermano del Señor.»

Nada hay que borrar de este cuadro, trazado mil quinientos años há, excepto la presencia del soldado que hace pagar los minutos de la prolongación de las lágrimas. Hoy los judíos pueden llorar con tanta frecuencia y tanto como quieran, sin que se fije tasa á sus lágrimas. El grabado representa el tipo y los trajes dis-

(1) Soph. 1, 15, 16.

tintos de los llorones y lloronas. Puede decirse que hay junto á este muro judíos de todos los países. Ciertamente que todos visten el traje largo y el manto de los vecinos de Jerusalem; pero por su turbante antiguo, blanco y espeso se reconoce el judío nacido en Jerusalem; por su sombrero europeo el judío de Austria; por su bonete forrado de piel el judío de las provincias más remotas de Rusia, etc. Apóyanse en la pared, pegan sus labios á las piedras, y meten la cabeza en los huecos de los ángulos para hacer correr en ellos sus lágrimas, pues los hay que lloran realmente considerando la ruina de su ciudad y de su templo. El viernes acostumbra ir allá el rabino para hacer la oración, á la que los asistentes contestan *alleluia* ó *amen*. Esta oración se canta en cadencia con un movimiento que consiste en levantarse sobre la punta de los pies y caer luego en medida.

El autor del *Guía indicador* de los santuarios de la Tierra Santa da las dos principales oraciones que se hacen en el

judíos recitan ó cantan el viernes junto á dicho muro, y las transcribimos á continuacion :

El rabino : A causa del palacio devastado,

El pueblo : Nos sentamos solitarios y lloramos.

El rabino : A causa del templo destruido,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

El rabino : A causa de los muros derruidos,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

El rabino : A causa de nuestra gloria eclipsada,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

El rabino : A causa de las piedras preciosas quemadas,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

El rabino : A causa de nuestros sacerdotes que murieron,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

El rabino : A causa de nuestros reyes menospreciados,

El pueblo : Nos sentamos, etc.

OTRA ORACION.

El rabino : Os suplicamos tengais piedad de Sion.

El pueblo : Reunid los hijos de Jerusalem.

El rabino : Apresuraos, apresuraos, Salvador de Sion.

El pueblo : Hablad en favor de Jerusalem.

El rabino : Que la belleza y majestad rodeen Sion.

El pueblo : Mirad clemente á Jerusalem.



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Nido del *African weaver-bird*. (Pág. 401).

El rabino : Que la dominacion de nuestros reyes se restablezca pronto en Sion.

El pueblo : Consolad á los que lloran por Jerusalem.

El rabino : Que la paz y felicidad entren en Sion.

El pueblo : Y que la vara del poder se levante en Jerusalem.

Desde 135, en que fué consumada la ruina de Israel, han transcurrido hasta hoy (1875) mil setecientos cuarenta años, y desde hace mil setecientos cuarenta años son estériles las lágrimas de este pueblo. Las lágrimas del Justo que renegaron, vendieron y condenaron cae gota á gota sobre sus hijos, dispersos en medio de todos los pueblos y del cual «un débil resto, dice un peregrino,

dobla la frente en su propio país bajo la cimitarra de los turcos.» Gimen repitiendo este grito de dolor: «¿Cuánto tiempo aún, oh Dios?» Un cristiano puede responder fácilmente á esta pregunta: «Sin duda un terrible anatema pesa sobre los judíos, porque blasfemaron al Santo de Israel, dirémos nosotros con el venerable Fundador de la Congregacion de Religiosas de Nuestra Señora de Sion, hijo de Israel tambien, que trabaja con tanta actividad en la conversion de los judíos. Rechazaron al Salvador, luz de las naciones, gloria del pueblo de Israel, y durante cerca dos mil años han arrastrado á través del mundo el peso de una visible reprobacion. Sus Profetas habian predicho este destino, pero los mismos Profetas predijeron tambien su

término: «Después de pertenecer largos años sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, volverán, dice el profeta Oseas (1), y buscarán al Señor su Dios, y en los últimos días recibirán con respetuoso terror al Señor y las gracias que Él debe hacerles.»

Estos textos sagrados y otros muchos del Antiguo y del Nuevo Testamento anuncian claramente la conversión de los judíos. Los Padres de la Iglesia están unánimes acerca este punto.

Sin pretender sondear los misterios de los designios de Dios, ni computar los tiempos, ¿no puede creerse que el momento se acerca? Gracias de elección concedidas á algunos hijos de Israel; la conversión, entre otras, tan extraordinaria obrada en Roma el 20 de enero de 1842, y otras menos brillantes y más numerosas, ¿no son indicios de una próxima transformación? ¿No serían las primicias de las misericordias anunciadas?

Una primera colonia de Hijas de Nuestra Señora de Sion, Congregación fundada en París en 1843, vino en 1856 á plantar su tienda en Jerusalem, en la Via Dolorosa. Hoy en el lugar mismo en que se cumplió la Pasión del Salvador, y en que los judíos, heridos de ceguera, pidieron su muerte, piadosas vírgenes aplicándose estas palabras: «Hijas de Sion, no lloreis por Mí, llorad más bien por vuestros hijos,» se inmolan, se ofrecen como víctimas de expiación y ruegan por la conversión de los hijos de Israel. ¿Quién oyó sin profunda emoción el clamor que cada día levantan al cielo tres veces durante la misa, inmediatamente después de la Consagración, en el momento en que el sacerdote presenta á Dios la sangre de su Hijo: «Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen?»

El Rdo. P. María Alfonso Ratisbona, el dichoso convertido en 1842, ha podido, merced á la generosidad de gran número de amigos de Sion, recibir en este convento de Jerusalem y en otro recientemente fundado en San Juan del Desierto, gran número de jóvenes huérfanas. Si todavía hay en ellos muy pocas judías, esto se explica por el apego más vivo de las familias judías de Jerusalem á la ley de Moisés.

Hoy, como en el día de Pentecostes, los judíos que van allí de todas las partes del mundo, son los más religiosos de su nación. Llegan, es cierto, sólo para saludar la patria de sus antepasados, visitar sus sepulcros y llorar sobre las ruinas de Jerusalem. No tienen más que un deseo; dar al morir una postrera mirada al lugar donde existió el templo de Salomón, descansar después de su muerte en el valle de Josafat, en la pendiente del Olivete y frente este mismo templo. Mas nosotros, cristianos católicos, que sabemos por san Pablo que Dios no ha rechazado para siempre á su pueblo, que no es irremediable la caída de los judíos, que esta nación curará de su ceguera cuando la multitud de las naciones volverá al seno de la Iglesia, que así todo Israel será salvo, porque está escrito: «Saldrá de Sion un libertador que quitará la impiedad de Jacob,» apresuremos por nuestras oraciones esta hora de la misericordia, á la vez que exclamamos: «¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son vuestros juicios é incomprensibles vuestros caminos!»

(1) Os. III, 4, 5.

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

XX.

TERRITORIO DEL AHUNAN (1).



A primera comarca del vicariato apostólico de Benin que se encuentra llegando de Europa es el Ahunan (en inglés Awoonah), país aún poco conocido.

Hasta ahora el establecimiento de una Misión católica ofrecía allí grandes dificultades. Hoy felizmente las condiciones han cambiado.

Situada en la orilla izquierda del río Volta, tiene por límites, al Norte los confines de los acantis y del Dahomey, al Este las diversas tribus de los popos, y al Sur el Océano.

La barra es poco sensible, y los habitantes del litoral los más disolutos de esta costa.

Geli-cope (en inglés, Zellee-Coffee), pueblo de 3,000 á 4,000 almas; Quitta, de 400 á 500, y Attoko, otro pueblo más cerca del Volta, son las principales localidades del litoral. Las ciudades del interior son mucho más pobladas, y lo mismo que los pueblos, están en gran parte ocultas entre bosquecillos de cocoteros.

Estos negros son probablemente colonos emigrados de la Costa de Oro apenas cien años há. Han conservado relaciones comerciales con la orilla derecha del Volta, pero son completamente independientes bajo el punto de vista político.

Una de las curiosidades de sus poblaciones es un árbol anchuroso y copudo que plantan en las plazas de los mercados. Las ramas se extienden á mucha distancia y están sostenidas por multitud de soportes de madera que dan á este abrigo natural una apariencia de las más singulares.

El agua es abundante. Las casas son generalmente bien construidas, é indican cierta civilización. En cada patio se encuentran máquinas para desprender el grano del algodón para tejer y jarras para la tintorería.

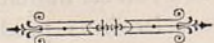
La lengua del país es el *adamgme*; sin embargo, como estos negros están en frecuente contacto con sus vecinos del Este, llegan á adoptar sus costumbres y maneras de ser. Dase á estos pueblos el nombre genérico de Eué. Los ahunans toman á menudo sus mujeres entre los eués, y al cabo de algún tiempo la nueva generación llega á adoptar su idioma.

La capital del país es la ciudad de Ahunan, y dista solamente tres horas en hamaca de Geli-cope. Algo más hácia el Norte se halla Argotima, pueblo importante; y al Norte de Argotima, en los confines de los acantis, existe una ciudad denominada Cripí, donde hace mucho tiempo están establecidos los misioneros protestantes de Basilea. En estas distintas localidades, como en Quitta, donde hay el centro de su acción, estos misioneros tienen dos clases de establecimientos: una casa de escuela y de oraciones, y otra de comercio. El segundo de estos establecimientos está destinado á proporcionar recursos al primero.

Habiendo sufrido los achantis considerable fracaso en 1863 por la parte de Accra, procuraron contraer alianza ofensiva y defensiva con los ahunans, pero éstos se negaron á ello.

En 1866 estalló la guerra entre los ahunans y Accra. La lucha fué encarnizada por una y otra parte; especial-

(1) Este artículo y los dibujos que le acompañan es debido al Rdo. Courdioux, antiguo misionero en la Costa de Benin.



mente gloriosa para los ahunans y muy mortífera para los protegidos de los ingleses. A consecuencia de esta campaña estéril en resultados, el gobernador general de las posesiones inglesas de la costa occidental de Africa vino á Geli-cope, donde tuvo varias conferencias con los embajadores del rey Ahunan, para sentar la pacificación de ambos pueblos. Estipulóse la paz en beneficio de los ingleses, que desde entonces tienen policía en Quitta y en Geli-cope.

El grabado de la pág. 393 representa los embajadores enviados por el rey cerca del gobernador inglés.

Terminaré este artículo hablándoos de la situación religiosa de este territorio. ¡Ay! en todo el resto del vicariato el más grosero fetiquismo es la única religion en boga. La superstición no conoce allí límites, si bien los sacrificios humanos son gracias á Dios muy raros.

Nadie se atreve á desobedecer las órdenes más insignificantes de los sacerdotes y las sacerdotisas de los ídolos.

En Attoko, el último pueblo del vicariato por la parte del Volta (á media legua del rio), se hace el comercio de las pepitas de oro.

Entre el Ahunan y los popos, se encuentra una ciudad famosa, llamada Obé. Su población es de unas 10,000 almas.

Los negros del litoral la consideran como una ciudad santa, y goza del derecho de asilo. Todo ladron ó asesino que logre retirarse en su recinto y penetrar en su principal templo, salva la vida y no puede ser perseguido. Los europeos y la gente de color que van ó vienen de la costa, al pasar cerca de un célebre fetiquio de esta ciudad, deben saltar de su hamaca y ponerse en calzoncillos cortos. A causa de esta costumbre los portugueses dan á dicha ciudad el nombre de «Tira camisa.» Los habitantes de Obé tienen la reputación más detestable. Viven independientes de todo jefe extraño, bajo la dominación de los sacerdotes de su ídolo.

XXII.

FAUNA.

Los habitantes de la Costa de los Esclavos están reunidos en ciudades y pueblos, y proveen á su subsistencia con las granjas poco distantes: su condición no es inferior á la de nuestros campesinos.

Más allá de esas porciones de terreno cultivadas con esmero, recórranse varios países desiertos.

Al lado de bosques vírgenes hay inmensas praderas cuya monotonía rompen bosquecillos de palmeras de agradabilísimo aspecto. La hierba que crece en aquellos prados, llamada hierba de Guinea (*triste gis-se* en lengua dahomeyana), es una grama que alcanza á veces tres metros de altura.

A pesar de la densidad cada vez mayor de la población, ha disminuido poco el número de fieras, lo que ha de atribuirse á dos causas principales: primera, los indígenas son poco aficionados á la caza, que consideran como un pasatiempo indigno de un hombre serio, y en segundo lugar, las altas hierbas y los bosques pantanosos é impenetrables son un obstáculo capaz de desalentar al más intrépido cazador. Los incendios son frecuentes, y bastan para alejar á las fieras de los centros de población.

La naturaleza, en esos países tropicales, tiene una

animación extraordinaria, sobre todo durante la noche. Mil zumbidos de insectos, el rumor de las ramas y follajes bajo la acción de una ligera brisa, los gritos agudos ó roncós de las fieras ó de las aves nocturnas llenan aquellas vastas y profundas soledades. ¡Cuántas veces en mis viajes, solo con mis hamaqueros en noches de magnificencia incomparable, me he complacido oyendo esas poderosas y mágicas voces de la naturaleza tropical hablando tan elocuentemente de Dios!

La noticia que sigue dará á los lectores de *Las Misiones católicas* una débil idea de la fauna de esta parte del Africa occidental.

I.—Hablemos primero de los animales domésticos.

El caballo es raro en el litoral: con mucha dificultad puede aclimatarse. Viene del interior, principalmente del Bornou, y es de mediana talla.

No existen allí el asno, el mulo ni el camello.

El buey es de talla muy inferior á la de las razas más pequeñas de nuestros países.

La vaca no tiene más leche que la precisamente necesaria para su nutrición. Los simples particulares no poseen vacas, sino únicamente los reyes, los príncipes y algunos ricos habitantes. Los rebaños que se crían son más bien un objeto de lujo que de utilidad ó de provecho. El uso del arado y de los vehículos es aún desconocido.

Hay gran número de carneros, y en vez de lana tienen pelo corto y rudo. La especie nada tiene de notable; no obstante será más vigorosa que la nuestra. Su carne es excelente.

La cabra es pequeña, baja de piernas y de forma redondeada: tiene bonitos cuernos pequeños. No existe más que una sola variedad, muy extendida en todo el Sudan. A los negros les gusta mucho su carne; así es que hay pocas casas donde no se la encuentre. Su fecundidad es notable.

El cerdo es muy común, y se parece á la especie más ordinaria de nuestro país. Pulula en las calles de los pueblos; no lo ofrecen en sacrificio á los fetiquios. Los paganos son muy golosos de su carne. Mecpon, antiguo rey de Porto-Novo, poseía considerable rebaño de aquellos animales. Por la costumbre los cerdos de Su Majestad tenían el derecho de libre circulación en la ciudad y sobre todo en la plaza del mercado. A ciertas horas del día llenaban las antecámaras del palacio. Maltratar á uno de ellos hubiera sido exponerse á un proceso cuyo resultado era una considerable multa en beneficio del tesoro real.

II.—Los monos forman varias especies interesantes, algunas de las cuales no están aún en nuestros museos de Europa. El más notable de esos cuadrumanos es el chimpancé (*inaki, iro*), tan conocido y que se encuentra en muchos de los grandes bosques del Yoruba. En el término de su crecimiento, el macho llega á cinco pies de altura. Por armas defensivas tiene su fuerza muscular, que es verdaderamente extraordinaria, y sus dientes, que son formidables, y según dicen los negros puede luchar ventajosamente contra un hombre. Nunca se defiende con palos ó piedras, ni anda de pie á menos que se le haya reducido á cautiverio, ni se edifica albergue para defenderse con su familia contra la intemperie de las estaciones. Por lo común se le ve en los árboles haciendo prodigiosos saltos y presentando todos los caracteres de los otros monos. En 1873 pude procurarme uno vivo en Porto-Novo, pero no vivió mucho tiempo.

—Si el mono no habla, dicen los negros, es porque no quiere trabajar.

El joven chimpancé se acerca de una manera muy imperfecta al hombre; y difiere de él bajo muchos respectos para que pueda verse en este animal, como ciertos sabios del día, un hermano ó un abuelo retrasado.

Los lobos (*cpo*) y raposas, numerosos en el Dahomey, son de corta talla y muy carnívoros, pero apenas atacan al hombre.

El perro salvaje (*adzako*) es un animal silencioso que vaga por las noches en la soledad. Creo que los nagos lo confunden con el lobo común.

Encuéntrense también algunos hipopótamos en los lagos y grandes corrientes de agua.

Los elefantes (*adjinaku*) están relegados á los bosques del Noroeste del Dahomey. El marfil del comercio viene del interior. La Costa de los Esclavos no produce de él más de cien toneladas al año.

Los jabalíes (*agluza-gbeme*) no son muy abundantes.

Durante la noche no es raro oír los aullidos del onza (*uo*) ó leopardo. Este terrible bagabundo se adelanta á veces hasta cerca de las habitaciones. Toda la playa del vicariato, desde Quitta hasta Benin, está infestada de ellos.

La comarca nutre muchas especies de antílopes (*agbanli*), lo mismo que cabras silvestres.

El *paca*, animal pequeño, que se acerca bastante al cerdo, lo encuentran á veces los cazadores.

Nunca he oído hablar de rinocerontes.

El león (*kini-kini*) es muy conocido en toda la comarca, pero parece que sólo se le encuentra en el Barba y el Yoruba septentrional. Nunca he oído decir que se le haya visto en el Dahomey y en las cercanías del mar; no sale de las elevadas mesetas del interior.

Hay otras muchas especies de animales, entre otros: el cervatillo, el lince, el gato silvestre, el gato de algalia, una especie de ardilla y ratones grandes. A los habitantes les gustan mucho estos ratones, y siempre se ve de ellos puestos de venta en los mercados africanos. Por último, el puerco espin y el erizo son bastante comunes. El pangolín abunda alrededor de Porto-Novo. (V. la pág. 296), y se nutre de hormigas y otros insectos.

La Osa y las otras lagunas contienen numerosos manatíes que los portugueses llaman *peixe-boi* (pez-buey). Este anfibio alcanza una talla considerable. Su carne tiene el sabor de la de vaca. Se le coge por medio de trampas parecidas á una horca, que los indígenas colocan á orillas de los ríos en los lugares cubiertos de plantas acuáticas. Cuando el animal penetra en esas horcas, una gruesa estaca cortada en forma de arpon se desprende de arriba y penetra en sus carnes bastante adentro para mantenerle sujeto hasta la llegada de los cazadores.

Enormes murciélagos se posan en cerrados grupos en las ramas, y emprenden el vuelo al acercarse la noche. Su número es tan considerable en Whydah, por ejemplo, que oscurecen el cielo. Se dirigen á los bosques del interior, donde se nutren de bayas de ciertos árboles. El olor que despiden á su paso tiene algo de infecto.

El caimán puebla las lagunas y hasta los más pequeños canales. Es temido de los negros, quienes le tributan culto especial.

Para conformarse á las costumbres recibidas y evitar que le envenenen, el rey de Porto-Novo no puede

beber sino el agua que van á buscar sus sirvientes en la laguna Osa. Cierta día las mujeres del palacio fueron á ella, con sus jarrones en la espalda, y se adelantaron como de costumbre hasta un sitio donde había agua á la altura de medio cuerpo. De pronto se oyeron gritos: acababa de desaparecer una de ellas, cogida por un caimán.

El día siguiente vióse en la superficie de la laguna un caimán teniendo en su ancha gola un miembro desprendido de la infeliz negra. Los sacerdotes del caimán ordenaron ceremonias durante ocho días á fin de apaciguar la cólera de su divinidad. En muchos sitios se consideraría un sacrilegio matar uno de estos animales, que tienen templos á orillas de los ríos, ofreciéndoles con frecuencia sacrificios.

No he visto más que una tortuga: la concha era negra y blanda y el pecho de un blanco mate. La cabeza parecía la de una serpiente. Las tortugas terrestres son muy escasas. Los jebús las buscan como alimento, y las he visto en el mercado de Ecoppé. La tortuga de mar (tortuga franca) no es rara en la playa.

Respecto á reptiles citaré la serpiente boa. Esta serpiente gigantesca (las he visto de seis metros de largo) abunda especialmente en los Popos y junto á Porto-Novo.

Después de esta reina de las serpientes viene la famosa culebra *dan-gbé*, serpiente fetiquia del Dahomey. Tiene próximamente 1 metro y medio de longitud y mide en la mitad del cuerpo, de siete á ocho centímetros de diámetro. Las Misiones católicas han publicado ya un artículo acerca esta grande divinidad y dado el dibujo del templo de Whydah, donde se conserva siempre gran número de ellas.

Las otras serpientes son en crecido número. Se las encuentra en todas partes y hasta en las habitaciones; pero entre esta infinita variedad de serpientes de toda talla y color, hay dos sobre todo que es preciso evitar: primero el *klibo*, culebra de dos metros de largo y del grueso del dedo: es de color negro gris terroso por encima y amarillo tierno por debajo. A la aproximación del hombre esta serpiente se levanta por la mitad y le arroja al rostro una baba venenosa que, si le toca los ojos, le hace perder la vista instantáneamente.

El segundo de estos reptiles es todavía más temible: es el *crotal*, especie de víbora, de piel leonada y escamosa. Tiene dos pequeños colmillos en la parte superior de la cabeza; su cuerpo se termina bruscamente, como si la cola hubiese sido cortada. El *crotal*, enroscado ó dormido en tierra, parece un puñado de hojas secas. ¡Desgraciado de quien tropieza inadvertidamente con él, pues su mordedura es mortal! Los *crotales* son muy numerosos en los alrededores de Godomé.

En los árboles y á orillas de los pantanos se encuentra el *iguana*, enorme lagarto verde que alcanza dos metros de longitud y cuya carne es excelente. Hay muchos y hermosísimos lagartos de pared, rojos y amarillos, lagartos pequeños y diáfanos que se establecen en el techo de las casas. Por último no es raro el camaleón.

Se encuentra una especie de rana bastante común.

—Entre las aves citemos primero el avestruz, el primero de todos, su rey, según los nagos. Existe en el Norte del Yoruba y á orillas del Níger. Los reyes y príncipes los ofrecen como presente á los extranjeros que vienen á visitarles.

La gallina, la gallinaza de Indias, los ánades comu-